

Fauna
El tiempo todo entero
Algo de ruido hace

Romina Paula

**ALGO DE RUIDO HACE
EL TIEMPO TODO ENTERO
FAUNA**

Editorial Entropía

Buenos Aires

CDD A862
PAU

Paula, Romina
Algo de ruido hace, El tiempo todo entero, Fauna.
1ª ed. - Buenos Aires: Entropía, 2013.
148 p.; 20x13 cm.

ISBN: 978-987-1768-12-7

1. Dramaturgia. 2. Teatro Argentino I. Título

Editorial Entropía
Céspedes 3800 (CP 1427)
Buenos Aires, Argentina
info@editorialentropia.com.ar
www.editorialentropia.com.ar
editorial-entropia.blogspot.com

Diseño: Entropía
Fotos de tapa: Sebastián Arpesella.

© Romina Paula, 2013
© Editorial Entropía, 2013

ISBN: 978-987-1768-12-7
Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en la Argentina

Primera edición: junio de 2013
Impreso en Artes Gráficas Delsur SH
Almirante Solier 2450 (1870) - Avellaneda - Buenos Aires

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra.
Reservados todos los derechos.

Hic et nunc

La condición de posibilidad de la escritura de estas obras han sido, desde el principio (y desde antes de ese principio también), Pilar Gamboa, Esteban Bigliardi, Esteban Lamothe, Matías Sendón, y Alicia Leloutre y su imponderable Espacio Callejón.

A ellos se suman, en orden cronológico, Leandro Orellano, Susana Pampín, Ramiro Bailarini, Rafael Ferro, Sebastián Arpesella.

Hay de todos ellos algo o mucho entre las palabras que aquí se reúnen.

Son ese aquí y ahora del teatro, el que no se puede registrar.

Romina Paula

FAUNA

*“La cámara es un instrumento
que enseña a la gente a ver
cuando no hay una cámara”.*

Dorothea Lange.

*"Sí, muchachas en la tarde,
niños en los jardines,
paisajes que suenan como melodías perfectas,
versos de Rilke o de Brooke,
entusiasmo generoso de las jóvenes almas
capaz de cambiar el mundo,
belleza del sacrificio y del ideal,
y el amor, y el hijo, y la amistad,
¿pero el vacío negro, el escalofrío intermitente del
abismo?"*

Juan L. Ortiz, *El agua sube.*

I. Todeserfahrung / Experiencia de la muerte

ACTRIZ: *No sabemos nada de ese ir, que
No comparte con nosotros. No tenemos ninguna razón
Para mostrar admiración y amor u odio
A la muerte, maravillosamente deformada*

*Por una boca de máscara trágica.
Aún está lleno el mundo de papeles que en escena ponemos.
Mientras nos preocupe, si agradamos,
Actúa también la muerte, aunque no agrade.*

*Pero cuando partías, irrumpió en este escenario
Un haz de verdad a través de aquella grieta,
Por la que te ibas: verde de verdadero verde,
Verdadera luz solar, bosque de verdad.*

*Nosotros seguimos actuando. Lo aprendido con sangre y sudor
Declamando y gestos de vez en cuando
Suprimiendo; pero tu ser, alejado de nosotros,
Apartado de nuestra obra puede
A veces sobrevenirnos, como la conciencia
Desprendiéndose de aquella realidad
De modo que por un rato somos arrojados
A actuar la vida, no buscando aprobación.*

DIRECTOR: ¿Qué era esto?

MARÍA LUISA: Esto es Rilke. *Experiencia de la muerte*.

DIRECTOR: No sé si me sirve, lo veo demasiado pretencioso.

MARÍA LUISA: ¿Pretencioso? No es nada pretencioso. Me parece bellísimo.

DIRECTOR: No digo que no sea lindo pero digo que no me sirve.

MARÍA LUISA: Fauna leía mucho Rilke.

DIRECTOR: Sí, pero no es importante eso. No digo que no sea importante, pero no es relevante, eso quiero decir. Puesto así suena pretencioso y además a ella los textos no le quedan.

MARÍA LUISA: A mí me pareció bellísimo. Y muy creíble.

DIRECTOR: Sí, pero está hablando sobre el teatro, se vuelve demasiado autorreferencial, autoconsciente.

MARÍA LUISA: ¿Del teatro? ¿En dónde?

ACTRIZ: “Pero cuando partías irrumpió en este escenario...”.

DIRECTOR: Ahí va, eso era.

MARÍA LUISA: Pero eso es una metáfora, está hablando de la muerte, *Experiencia de la muerte*. El escenario al que se refiere es la vida. Es un tópico eso, el de la vida como teatro, está en Shakespeare, y en Calderón, es un tópico isabelino.

DIRECTOR: Está bien, gracias, no digo que no, pero lo que digo es que no creo que nos sirva, por más interesante que sea, gracias igual. Me parece mejor ir por el lado del discurso.

MARÍA LUISA: A Fauna le encantaba Rilke.

DIRECTOR: Sí, a ver, pero la verdad no necesariamente cuenta, María Luisa.

MARÍA LUISA: Pero usted vino a hacer una película sobre una vida, señor.

DIRECTOR: Sí, Luisa, pero no es un documental. Es una ficción, es basado en la vida de Fauna, no es un documental sobre su vida.

MARÍA LUISA: A mí me parece una poesía bellísima.

ACTRIZ: ¿Y si la pruebo una vez más pero intentando quebrar tal vez, digo, con un tono más contemporáneo?

DIRECTOR: ¿Y cómo sería eso?

ACTRIZ: ¿Querés que probemos?

DIRECTOR: Y bueno, dale.

MARÍA LUISA: ¡Encabalgue!

ACTRIZ: ¿Cómo?

MARÍA LUISA: Que encabalgue. Recién no se entendió, no se entendía el sentido por los encabalgamientos. Porque de un verso a otro a veces la frase continúa. Y ella decía todo como si fueran puntos. Porque en la copia que tiene cada renglón empieza con mayúscula, pero hay encabalgamientos. Al principio, por ejemplo, donde dice:

*No sabemos nada de ese ir, que
no comparte con nosotros. No tenemos ninguna razón
para mostrar admiración y amor u odio
a la muerte, maravillosamente deformada*

por una boca de máscara trágica.

Ahí encabalga, ¿ven? Y sigue:

*Aún está lleno el mundo de papeles que en escena ponemos.
Mientras nos preocupe, si agradamos,
actúa también la muerte, aunque no agrade.
pero cuando partías, irrumpió en este escenario
un haz de verdad a través de aquella grieta,*

*por la que te ibas: verde de verdadero verde,
verdadera luz solar, bosque de verdad.*

*Nosotros seguimos actuando. Lo aprendido con sangre y sudor
declamando y gestos de vez en cuando
suprimiendo; pero tu ser, alejado de nosotros,
apartado de nuestra obra puede*

*a veces sobrevenirnos, como la conciencia
desprendiéndose de aquella realidad
de modo que por un rato somos arrojados
a actuar la vida, no buscando aprobación.*

ACTRIZ: Me llama la atención lo de los *-ando*, *-iendo*, esa idea de acción.

MARÍA LUISA: Los gerundios. Sí, eso le da esa sensación de presente, de acción, de suceso, de algo que está, de hecho, sucediendo, ese teatro de la vida. Es una traducción de mi madre.

ACTRIZ: ¿En serio?

MARÍA LUISA: ¿No les digo que deliraba por Rilke? Pero acá el caballero insiste en que no es relevante.

ACTRIZ: Qué genial.

DIRECTOR: Vas a tener que prestar un poco de atención si querés ser ella.

MARÍA LUISA: A su favor le digo que usted es muchísimo más bella... Mamá era encantadora pero lo que se dice linda no sé puede decir que haya sido.

ACTRIZ: Bueno, muchas gracias.

MARÍA LUISA: Ah, no me agradezca que no sé si es un cumplimento... Quizás sea un problema para el filme.

DIRECTOR: O para la vida.

MARÍA LUISA: Para la vida también. No puedo dar fe.

DIRECTOR: ¿Cómo que no? Usted es una mujer muy agraciada.

MARÍA LUISA: ¿Agraciada? Mire no sé si agradecerle o mandarlo a freír churros.

ACTRIZ: A mí me parece muy mona, Luisa.

MARÍA LUISA: ¿Ustedes no se irán a creer que con zalamería me agarran, no? Ah, no, a mí ya no me agarran, a mí no me agarra nadie, no:

*Aquél a quien le encanta que lo adulen, vale lo que el adulator.
¡Cielos si yo fuera un señor!*

ACTRIZ: ¿También es Rilke?

MARÍA LUISA: No, esto es Shakespeare, *Timón de Atenas*. ¿La leyeron? Es comiquísima:

*¡Oh, verde virginidad,
convertíos en este instante en la peor inmundicia!
¡Y que sea ante la mirada de los padres!
¡Adolescente, quítale a tu padre
viejo y renqueante su muleta almohadillada,
y rómpela con ella la cabeza!*

*¡Lujuria y licencia, penetrad en las mentes
y médulas de nuestros jóvenes,
para que naden a contracorriente de la virtud,
y se ahoguen en un mar de excesos!*

DIRECTOR: ¿Eso es Shakespeare?

MARÍA LUISA: Sí, ¿no es comiquísimo?

ACTRIZ: Bastante. ¿Ella leía Shakespeare también?

MARÍA LUISA: Ella leía todo lo que cayera entre sus manos.

Leía en alemán, en inglés, en francés. En un momento se puso a estudiar ruso para leer a los clásicos pero no sé si de verdad llegó a saberlo tan bien como para leerlo.

DIRECTOR: ¿Y todos esos libros dónde están?

MARÍA LUISA: Ah, no, no eran de ella los libros, no tenía plata para comprar, los sacaba de la biblioteca de la universidad o se los prestaban en el círculo de poetas, sus colegas. Libros de ella habrán quedado unos diez como mucho.

DIRECTOR: Ah, entonces ése es otro dato falso, el de la habitación cubierta hasta el cielorraso por libros y libros en distintos idiomas, primeras ediciones, incunables.

MARÍA LUISA: Será cierto para alguien, ¡pero no en esta casa! Pero si quiere podemos preguntar en la biblioteca de la universidad a ver si hay algún registro de algo de ese entonces.

DIRECTOR: Sí, eso podemos hacer pero tenía la imagen de la habitación empapelada de libros, pensé que existía ese tesoro.

ACTRIZ: ¿Por qué dijiste otro dato falso? ¿Qué dato falso hubo ya?

DIRECTOR: Lo de los tres matrimonios. Es completamente falso. Casada estuvo una sola vez.

MARÍA LUISA: ¡Qué la iban a agarrar otra vez! ¡Tres veces no se casaba ni que la amenazaran de muerte, y digan que se casó esa primera porque era menor de edad y quería irse de su casa, que sino tampoco! ¡Sino no se hubiese casado ni esa única!

DIRECTOR: Gracias a eso existe usted, María Luisa, así que no se ría tanto.

MARÍA LUISA: Ah no, sí, yo me río, yo reír me río, cómo no, cómo no me voy a reír, si no me puedo reír qué me queda.

ACTRIZ: ¿Qué?, ¿y se divorció después?

MARÍA LUISA: No, ni falta que hacía, eran grandes amigos con Ramón, mi padre. Él también era un hombre extraordinario, fantástico, ellos se quisieron muchísimo.

ACTRIZ: Ah.

DIRECTOR: Él era poeta también, con él iba a la universidad de oyente y al círculo de poetas.

ACTRIZ: ¿Y así se vestía para ir a esas reuniones y a la facultad?

MARÍA LUISA: De hombre, sí, iba de hombre, porque sino no la dejaban entrar.

ACTRIZ: ¿A la universidad?

DIRECTOR: Estaba prohibido para las mujeres ir a la facultad.

ACTRIZ: Sí, sabía pero pensé que había sido hace más tiempo eso.

MARÍA LUISA: No, no creas.

ACTRIZ: ¿Y de Ramón quién va a hacer? ¿O no va a haber Ramón?

DIRECTOR: La verdad que todavía no sé pero una posibilidad es que lo haga Santos, le vamos a hacer unas pruebas a él, si acepta.

MARÍA LUISA: Sí, si ya le dije yo y él quería, estaba entusiasmado.

ACTRIZ: ¿Santos es tu marido?

MARÍA LUISA: ¡Más quisiera, Santos y marido son dos palabras que nunca se me hubiera ocurrido juntar!

DIRECTOR: Es el hermano.

MARÍA LUISA: Mi hermano es, sí. Muy particular.

ACTRIZ: ¿Ya lo conociste?

DIRECTOR: No, todavía no. Está en el campo.

MARÍA LUISA: En el campo no, en el río, sale al río. Pero tiene que estar por volver, pronto, hace días que se fue ya.

ACTRIZ: ¿Qué hace en el río?

MARÍA LUISA: Rema. Se interna en el delta, se va con el Monito, pescan y duermen al sereno. Es un poco salvaje el Santos, se crió a la intemperie, diría, no le sientan bien las paredes. “Tiene inclinaciones de sultán, reminiscencias de salvaje y pretensiones de sacerdote”. ¡Así lo describía mi madre!

DIRECTOR: ¿Un mono tiene?

MARÍA LUISA (*Riendo*): ¡No! Ustedes para ser artistas son bastante literales, ¿eh? El Monito es un muchacho, su amigo, su mascota.

ACTRIZ: ¿Su mascota?

MARÍA LUISA: Yo le digo así, porque lo trata como a una mascota, pero él se deja tratar, ¿eh? Nunca se separan.

ACTRIZ: ¿Pero y va a querer trabajar en una película si es tan salvaje?

MARÍA LUISA: Cuando te vea no va a poder decir que no.

ACTRIZ: Esta mujer es tremenda.

DIRECTOR: ¿No te dije yo?

ACTRIZ: ¿Y ella no va a estar en la película? ¿No puede hacer de Fauna de grande?

DIRECTOR: Puede ser.

MARÍA LUISA: No, no, no, a mí frente a una cámara no me vas a poner.

DIRECTOR: Me parece mejor que te asesore a vos.

MARÍA LUISA: Ah sí, eso sí.

ACTRIZ: Me da curiosidad Santos. Y si no quiere o no puede, lo hacés vos. De Ramón, digo.

MARÍA LUISA: ¿Usted también es actor?

DIRECTOR: No, y no voy a hacer de Ramón. Son ideas de ella.

ACTRIZ: A mí me parece que podría ser muy buen actor, es muy histriónico ya lo va a ir conociendo.

MARÍA LUISA: ¿Ustedes dos se acuestan...? ¿Los molesté con la pregunta? Parecen pareja.

DIRECTOR: Pero las apariencias engañan, María Luisa, usted debería saberlo mejor que nadie.

MARÍA LUISA: ¿Por qué yo?

DIRECTOR: Con todas esas citas. ¿No tiene una para esta ocasión, para la de las apariencias que engañan?

MARÍA LUISA: Por supuesto:

*¡Ay de ti, que soberbia vas mostrando, sin saber que estás soñando!
Mira bien lo que te advierto: que seas humilde y blando, porque quizá estás soñando, aunque ves que estás despierto.*

DIRECTOR: ¿A mí me dice?

MARÍA LUISA: Es Calderón, *La vida es sueño*.

ACTRIZ: Permiso. Los veo en un rato.

Se va.

MARÍA LUISA: Parecen pareja, no tiene nada de malo.

DIRECTOR: Pero no somos, trabajamos juntos. Y además arrancó preguntando si nos acostábamos.

MARÍA LUISA: ¿Y no?

DIRECTOR: ¿Le parece muy importante, necesita saberlo por alguna razón?

MARÍA LUISA: No. Pero por ahí ayuda, para la película, si usted tiene que hacer de Ramón.

DIRECTOR: Lo dudo mucho. Además estoy casado. Y tengo dos hijos.

MARÍA LUISA: Lo felicito.

DIRECTOR: Gracias.

MARÍA LUISA: Usted está enamorado.

DIRECTOR: Sí. ¿De quién?

MARÍA LUISA: De Julia.

DIRECTOR: Sólo artísticamente.

MARÍA LUISA: ¿Y eso?

DIRECTOR: Eso es eso.

MARÍA LUISA: Como una musa.

DIRECTOR: Algo así.

MARÍA LUISA: Ella es muy hermosa.

DIRECTOR: Sí.

MARÍA LUISA: Usted también es apuesto, ¿eh?

DIRECTOR: ¿Ah sí, apuesto? ¿Se está vengando por lo de agradada?

MARÍA LUISA: No, ya me había olvidado de eso. Le puedo decir churro, si prefiere.

DIRECTOR: No, me quedo con apuesto.

MARÍA LUISA: Me parece que el Santos le va a servir. Se parece un poco a usted. Es como una versión suya sin domesticar.

DIRECTOR: ¿Ah sí?

MARÍA LUISA: Sí. Chúcaro.

DIRECTOR: ¿Y qué la pareció la chica, Luisa, le parece que puede dar Fauna?

MARÍA LUISA: ¿La chica Julia? Yo creo que sí... Usted dice que es buena actriz.

DIRECTOR: Sí, pero no le pregunto eso, le pregunto de sensación, pensando en su madre, en la figura de Fauna...

MARÍA LUISA: Ah... Creo que sí... Parecida es, ya la dije, aunque más linda, eso le dije también... Pero de eso se ocupa el cine, ¿no? ¿De embellecer?

DIRECTOR: No, no siempre. Estetiza, eso sí, ¿en ese sentido quiere decir?

MARÍA LUISA: No, creo que lo estaba provocando, no me haga caso.

DIRECTOR: Me puede tutear, Luisa.

MARÍA LUISA: No siento la necesidad, gracias. Pero sí, siento que tiene fuerza esta chica Julia, una interioridad, y creo que eso es lo más importante, ¿no? Pensando en mi madre. Bueno, ya vio fotos de ella, ¿vio lo que eran esos ojos? Y no se extinguieron nunca, ¿eh? Fueron así siempre, hasta el último día.

DIRECTOR: ¿Usted vivió siempre acá?

MARÍA LUISA: Sí, yo nací en esta casa, mi madre me parió acá, en el piso de arriba, en cuclillas, me defecó. Se hacía así, las indias hacían así y a mi mamá le pareció bien. A Santos también lo tuvo así, yo lo vi, estaba parada al lado. Yo a él lo vi nacer, literalmente. Así que vivimos siempre con ella, sí.

DIRECTOR: ¿Y no tuvieron más hermanos, sólo ustedes dos?

MARÍA LUISA: Y el Athos que nació muerto, el mellizo de Santos. No, miento, no nació muerto, en realidad nació y murió, ahí mismo, yo lo vi nacer y morir, una cosa detrás de la otra: salió, respiró, pegó una especie de aullido y dejó de respirar. Con Fauna lo palmeamos y lo lavamos, mamá intentó revivirlo con su aliento pero no hubo caso. Así que quedamos sólo dos.

DIRECTOR: ¿Y el Monito?

MARÍA LUISA: ¿Qué pasa con el Monito? El Monito es un muchacho del monte. Ése sí que es chúcaro, a ése no sé si lo va a llegar a ver, ése es bien huidizo.

DIRECTOR: ¿Y usted, hijos?

MARÍA LUISA: No, yo no, yo nada. Yo acompañé a mi madre hasta el último día. Un día no pudo subir más al caballo y al día siguiente se murió. Se fue a dormir la siesta y siguió de largo, no resistió.

DIRECTOR: Noventa y nueve años.

MARÍA LUISA: Ocho. Dicen noventa y nueve porque queda lindo el doble nueve. Y porque parece más. Nunca va a haber nadie como ella.

Entra Julia vestida de hombre.

ACTRIZ: Gracias, Luisa, por la hospitalidad, tenés una casa hermosa.

MARÍA LUISA: ¿Encontraste todo a tu gusto?

ACTRIZ: Sí, gracias. Recién desempacando me di cuenta de que me equivoqué con el bolso, traje mucha ropa de abrigo y me olvidé de otras cosas.

DIRECTOR: ¿Por qué te pusiste esa ropa?

ACTRIZ: Si no les molesta prefiero andar así mientras estemos acá. Para aclimatarme. ¿A usted le molesta, Luisa?

MARÍA LUISA: No, al contrario. Cualquier cosa que necesite me pide, tengo mucha ropa de Fauna. Esto es de ella, sin ir más lejos. Ahora, lo que no entiendo es por qué no trajo la cámara si va a hacer una película.

DIRECTOR: Ah, pero falta para eso, para filmar propiamente dicho, vinimos a hacer trabajo de campo primero y a conocerla a usted. A ustedes.

MARÍA LUISA: ¿Y ella también? ¿Hace falta la actriz para eso también?

ACTRIZ: Yo quería venir.

DIRECTOR: Ella está involucrada en el proyecto desde el principio.

De hecho fue ella la que me habló de Fauna por primera vez.

MARÍA LUISA: ¿Ah sí? ¿Usted la conoció?

ACTRIZ: Sí, claro, ¿no le contaste?

DIRECTOR: No.

ACTRIZ: Ah, sí, claro, por eso estamos acá. Yo estuve acá hace un par de años, que hubo un diluvio...

MARÍA LUISA: El diluvio.

ACTRIZ: Sí, y quedé varada acá. Y un día la vi pasar, fue como una aparición. Yo estaba debajo del alero de la casita en la que me hospedaba y de repente del verde intenso intenso por la lluvia sale un caballo, con una mujer a cuestas, bah, una persona, no sabía ni qué era lo que estaba viendo, veo aparecer ese caballo imponente primero.

MARÍA LUISA: El Zaino.

ACTRIZ: Y arriba del caballo, que era como una efigie, este ser, esta persona, de sombrero, recia, bella o bello, un ser hermoso, imponente, hierático... Iba cubierta por una o varias bolsas de consorcio, contra la lluvia y su cara aparecía de entre el hule negro y esos ojos que tenía, refulgentes, me miró por un segundo, no sé cómo explicarles lo que sentí, una conmoción, no entendía si ese terror tenía que ver con que corriera peligro, yo, por esa presencia pero al mismo tiempo no era sólo terror, también era algo más, algo que tenía que ver con el placer, ¿con la idolatría quizás? Duró un segundo, chuzó al caballo, el caballo relinchó y la aparición se fue al galope por el camino de tierra.

MARÍA LUISA: El Zaino era, sí. Ésa era mi madre.

ACTRIZ: Después pregunté por ahí, y para qué, empezaron a aparecer una cantidad de historias, cada uno tenía algo para contarme de ella, y me fasciné. Y quise ir a conocerla pero me lo desaconsejaron, dijeron que era huraña y que vivía rodeada de locos...

MARÍA LUISA: ¿Locos? ¡No sería por nosotros! (*Suelta una carcajada atemorizante.*)

ACTRIZ: Cuestión que pasaron unos días y ya pude volver pero me quedó muy presente la figura de esta mujer y un tiempo después me junté con José Luis para contarle del

viaje y de su madre y él andaba buscando material para una película y así fue que se vino para acá la primera vez y la contactó.

MARÍA LUISA: Pero entre medio, la vieja tuvo el mal gusto de morirse.

ACTRIZ: Exacto.

MARÍA LUISA: Y la habrá visto a caballo una de las últimas veces entonces.

ACTRIZ: Qué locura.

MARÍA LUISA: Y dice que la miró.

ACTRIZ: Bueno, no estoy segura del todo, yo sentí que sí, pero quizás no me estaba viendo realmente.

MARÍA LUISA: Veía perfecto.

ACTRIZ: No sé, la verdad.

DIRECTOR: ¿Y su caballo?

MARÍA LUISA: No sé, se escapó o se fue a morir a otro lado, porque no lo vimos más. Murió mi madre y a él no lo vimos más. Habrá muerto de tristeza, él que pudo...

Aguza el oído. Los otros dos la miran expectantes.

MARÍA LUISA: Santos.

Sale.

ACTRIZ: Dios mío, cuánta información...

DIRECTOR: ¿Cómo estás vos, viajaste bien?

ACTRIZ: Sí, bien. Largo pero bien.

DIRECTOR: Tenía ganas de verte ya.

ACTRIZ: ¿Vos le dijiste algo a ella?

DIRECTOR: ¿A Luisa?

ACTRIZ: Sí. ¿Le dijiste algo de nosotros?

DIRECTOR: ¿Vos estás loca?

ACTRIZ: ¿Y de dónde lo sacó?

DIRECTOR: No sé, se habrá dado cuenta.

ACTRIZ: ¿De qué?

DIRECTOR: Julia...

ACTRIZ: Justamente de eso te quería hablar.

DIRECTOR: ¿De qué?

ACTRIZ: Que prefiero que nos mantengamos a distancia acá.

DIRECTOR: ¿Cómo a distancia?

ACTRIZ: Eso, que quiero que seamos compañeros de trabajo nada más.

DIRECTOR: ¿Pero por qué?

ACTRIZ: No sé, no me hace bien mezclar todo, prefiero que nos concentremos en la película, en Fauna.

DIRECTOR: Sí, claro, ¿pero eso que tiene que ver? No veía la hora de que llegaras y de tenerte un ratito para mí.

ACTRIZ: A eso me refiero. Que no voy a poder ser para vos ahora, ni un ratito. Necesito concentrarme en el trabajo y en conocer a esta gente que por lo poco que vi es bastante intensa y vale la pena.

DIRECTOR: Bueno, no sé qué decir. ¿No puedo darte ni siquiera un beso?

ACTRIZ: No.

DIRECTOR: No entiendo por qué.

ACTRIZ: No quiero seguir con esto. Prefiero que tengamos un romance laboral y en todo caso emprendamos una amistad. Si se puede, sino no hace falta.

DIRECTOR: No entiendo cuándo pensaste todo esto, Julia.

ACTRIZ: Ya lo venía pensando y ahora en el micro se me terminó de acomodar la información y lo quería hablar con vos.

DIRECTOR: La verdad que me dejás helado.

ACTRIZ: Vinimos a trabajar.

DIRECTOR: ¿Qué tiene que ver?

ACTRIZ: Todo tiene que ver. No quiero pensar en ninguna otra cosa, quiero concentrarme en la figura de esta mujer y en su vida y en nada más. No quiero tener que estar pendiente de si dormimos juntos o no o si me mirás de una manera o de otra. No tengo más ganas.

DIRECTOR: Bueno, me parece bien. Para mí también está la película por sobre todas las cosas.

ACTRIZ: Genial.

DIRECTOR: Sí, genial.

Silencio.

ACTRIZ: Esta mujer no tiene desperdicio.

DIRECTOR: ¿Un poco invasiva, no?

ACTRIZ: ¿Invasiva? No, no me pareció para nada. Al contrario, me parece inteligente, carismática, encantadora.

DIRECTOR: Bueno, la acabás de conocer.

ACTRIZ: ¿Qué tiene que ver? Además, hay algo en ella que me resulta profundamente familiar, como si ya la conociera desde siempre.

DIRECTOR: ¿De otra vida?

ACTRIZ: Tal vez. Y no vale que te pongas malo por lo que te dije. Cuando termine el viaje volvemos a hablar, si querés.

DIRECTOR: Vamos viendo.

ACTRIZ: ¿Qué significa “Vamos viendo”?

II. Un amor tan hermoso

Llega Santos con unas riendas en sus manos. Es una suerte de Horacio Quiroga.

SANTOS: ¡Los artistas!

Por unos minutos se observan Santos, Julia y José Luis. Todos se miran.

SANTOS: Tengo algo para ustedes que es verdad, que es de verdad, los artistas... ¿Escenifican la muerte alguna vez? ¿La presenciaron siquiera? ¿O no hace falta para imaginar? A que no, a que no... Yo voy a contar el morir de algo grande, de algo muy grande. El Mono y yo, hace calor, vamos al río a bañar. Al pasto verde y la sombra dejamos a la Laica y la Marrón y al cauce nos arrojamamos cuando arrecia el calor, para apagarlo. En la corriente, nadamos río abajo, que nos arrastra. Antes de la rompiente volvemos a tierra y a la sombra, a otra, caemos rendidos de andar. Duerme el Mono, duermo yo. Despierta el Mono en noche ya y yo, yo también voy. Remontamos a pie lo que bajamos a nado. Ya es sin luz y el verde espeso y no está fácil el encontrar el recodo y los animales, que es en pie que los buscamos. Grita el Mono por la Marrón, por la Laica grito yo y nada. Hasta que un ruido nos acerca, un

zumbido fuerte, un sonar. Son las abejas dice el Mono, y son. Irse queremos, retroceder, pero entonces el Mono acierta y ve, ve el Mono que el enjambre, que el ruido, nos atacó las bestias, que nos las devoró. No es de pie que andan ya los nuestros, ahora yacen, yacen las dos, yeguitas de corazón quieto, que no andan más, no quieren más. Los dos cuerpos son todavía más negros en la noche, con la superficie de abejas que los recubre, no dejaron nada libre, ni un pelo, ni una piel. Salta el Mono y les entra a ramalazos a las enjambradas y entran a volar y se hace más negro lo oscuro, yo no puedo ver, revoleo una prenda también, las abejas levantan vuelo, todas juntas hacen ruido de motor y en lo que vamos a desenredar a las yeguas de las riendas, que las aprisionaron, el enjambre nos cubre y de vuelta a nadar que si no es el agua no las para nada, con el frío de la noche ya el Mono y yo al agua y a nado evadiendo la abeja hasta salvar, que sino nos comen a nosotros también, qué van a parar... Y del agua al Mono me parece sentirlo llorar, por la yegua, las yeguitas, yeguas mías, ¿Qué van a hacer? Grandes y negras y de costado, echadas, juntas, sin andar.

*ACTRIZ: Pero cuando partías, irrumpió en este escenario
un haz de verdad a través de esa grieta,
por la que te ibas: verde de verdadero verde,
verdadera luz solar, bosque de verdad.*

Es Rilke, traducido por su madre.

SANTOS: Sí. ¿Y usted con eso qué haría o cómo? Con un caballo tan grande que yace.

DIRECTOR: Es una desgracia.

SANTOS: Pero cómo lo haría.

DIRECTOR: Hacer qué.

SANTOS: Representar.

DIRECTOR: ¿La muerte?

SANTOS: Los caballos.

DIRECTOR: Ah no, no sé.

SANTOS: No sabe.

DIRECTOR: No.

SANTOS: No sabe.

DIRECTOR: No. No sé nada de caballos. O muy poco.

SANTOS: ¿Quiere ver?

DIRECTOR: ¿Los caballos?

SANTOS: Sí.

DIRECTOR: No.

ACTRIZ: Yo iría.

DIRECTOR: ¿A ver a los caballos? ¿Para qué?

SANTOS: Usted me tiene que ayudar a enterrar.

DIRECTOR: ¿A los caballos? ¿Se los entierra?

SANTOS: Yo sólo no puedo y el Mono no vuelve más. Se fugó al monte y por unos días no lo vamos a ver. Tenemos que cavar.

DIRECTOR: Perdón, no, con todo respeto, Santos, porque como ya le dije yo no tengo la menor idea, pero ¿será necesario enterrarlos? Quiero decir, ¿no están en la naturaleza ya así? ¿Digo porque lo de enterrar no es más una necesidad de la ciudad?

SANTOS: Si no las enterramos se las comen las comadrejas de a poco y les hacen nidos adentro.

Caras de náusea de Julia y José Luis.

DIRECTOR: Bueno, no, sí claro, yo no tengo ningún problema... ¿Y a las dos hay que enterrar, no? (*Julia lo mira con desaprobación.*) Cuando usted me diga lo hacemos.

SANTOS: Ahora.

DIRECTOR: ¿Ya ya?

SANTOS: La noche es la hora de las comadrejas.

Se van.

III. Amnesia

MARÍA LUISA: Se lo cuento con todo detalle así usted puede interpretarlo bien. A José Luis ya se lo conté antes porque me pidió para poder escribir la escena. La cosa es así. Mi madre mucho, muchísimo antes de convertirse en Fauna, cuando solo era una muchachita de provincia, se enamora de este hombre.

ACTRIZ: Su padre.

MARÍA LUISA: ¡No, Dios me libre y me guarde, a mi padre lo conoce después! No, éste fue su primer y único amor, el que le destrozó el corazón y la cabeza para siempre. Este hombre, sin nombre, era bastante más grande que ella, de hecho era amigo de su padre. Ella se enamora perdidamente de él, tendría unos catorce, quince.

ACTRIZ: Ah, muy chica.

MARÍA LUISA: ¿Usted cuántos tiene?

ACTRIZ: Unos cuantos más. Y estoy bastante lejos de casarme.

MARÍA LUISA: Mejor. Sigo. Mi madre, como niña, se enamora. Este hombre la casa y se la lleva y hay unos primeros meses de dicha. O eso decían. Pero el viejo este parece que era bastante taimado, muy mujeriego y seductor. Así que ya con la nena en la casa, el trofeo, vuelve a sus andanzas. Fauna primero no se da cuenta, porque anda fascinada, lo admira mucho, y es feliz de tener una casa para ella y se las pasa todo el día leyendo tirada bajo los

árboles y emprendiendo largas caminatas. Tiene una sirvienta que hace todo por ella, una mezcla de madre, amiga y criada así que no tiene que ocuparse de nada, su marido-padre también la malcría y la deja hacer lo que quiera. Pero, como todo lo bueno en la vida, esta felicidad ociosa dura lo que un suspiro y un buen día llega este hombre y le dice que se enamoró de otra mujer y que la va a abandonar. Que sin embargo le deja la casa y la criada y que nunca le va a faltar nada pero que él no se puede quedar. Que se enamoró de otra mujer y que se va a ir para casarse.

ACTRIZ: ¡Un horror! ¿Y Fauna?

MARÍA LUISA: La pequeña Fauna no atina a reaccionar. El hombre hace sus valijas y se despide de ella con un beso en la frente. Mi madre no sale de su asombro por unos días y continúa con su vida tal y como lo venía haciendo, come, se baña, lee, sale a dar sus paseos, lo único que no hace es hablar. La criada lo intenta un par de veces pero no hay caso, es como si se hubiera exiliado de su propio cuerpo. Una mañana la criada se levanta y Fauna no está. Están sus cosas, la cama está deshecha como si hubiese dormido y lo único que falta es una muda de ropa y nada más. Pasan un par de días y Fauna no vuelve y nadie sabe nada de ella, nadie la vio, es como si se hubiera evaporado. La criada está desesperada y se comunica con el hombre para contarle lo que pasó. El hombre se consterna y empieza a buscarla por todos lados, se siente culpable y no quiere cargar con una desgracia sobre su conciencia. Un buen día se ponen en contacto con él desde Salta y le dicen que ahí, en un hotelito de Cachi hay, desde hace un par de semanas, hospedada una señorita cuya fisonomía coincide con la descripción de esta Fauna Forteza a la que están

buscando pero que no se llama Fauna Forteza. El hombre viaja hasta Cachi y va al hotel. En el salón la ve a Fauna, con un vestido de dama, jugando al rummy con otros huéspedes. Ríe y se divierte, adquirió gestos y modos de una mujer. Fauna alza la vista del juego, entre risas y lo ve, pero no lo mira. Es decir, pasa su vista por él, incluso hace contacto visual pero no reacciona a su presencia, es como si no lo hubiera visto nunca en su vida. El hombre la llama por su nombre pero nadie en la mesa parece inmutarse. Lo intenta otra vez un poco más fuerte y entonces lo miran todos, pero nada más que por la violencia del gesto. Uno de los jugadores le pregunta si está buscando a alguien y él que sí, que a una huésped y lo encomiendan a la recepción. Ahí pregunta por la jugadora bonita que se encuentra en esa mesa y se le hielan la sangre cuando le dicen cómo se llama la señorita. Le dicen que la que ahí juega no es otra que Martina Céspedes.

ACTRIZ: ¿Y quién es Martina Céspedes?

MARÍA LUISA: Mi madre se había hospedado con el nombre de la mujer por la que había sido abandonada.

ACTRIZ: Ay, no, qué horror. ¿Y entonces?

MARÍA LUISA: Este hombre queda profundamente conmovido, se da cuenta de que todo este descalabro emocional de mi madre tiene que ver con él y no la deja hasta que ella se recupera. Aunque nunca se recupera del todo, claro.

ACTRIZ: ¿Qué, la volvió a dejar?

MARÍA LUISA: No, ni bien anduvo mejor y recuperó un poco la memoria la que se mandó a mudar fue ella. Y ahí ya en los círculos de poetas conoce a mi padre y ahí empieza la historia que usted un poco ya conoce, del Fauno que era *la*.

ACTRIZ: Pero espere, ¿ella estaba amnésica entonces o se hacía la que no lo reconocía?

MARÍA LUISA: No, no sé, eso no se sabe con absoluta certeza. En principio parecería que sí, que se desorientó y se despersonalizó y en algún momento realmente creyó que era Martina Céspedes, quizás el único nombre que recordaba.

ACTRIZ: Es una historia tristísima.

MARÍA LUISA: Sí, es uno de los puntos más turbios de la vida de mi madre, nunca quiso hablar de eso.

ACTRIZ: ¿Y cómo se supo?

MARÍA LUISA: Porque existen los cuadernos de cuando ella hizo los tratamientos de recuperación de la memoria y parte de ese tratamiento era ir escribiendo lo poco que recordaba y lo que le iban contando, se iba anotando todo para recuperar su identidad. Ahí está toda la historia, o no toda, porque quedaron muchos cabos sueltos y hay mucho que no se sabe pero fue más o menos así. Entonces el director quería escribir esa escena, la del reencuentro. La de cuando este hombre encuentra a Fauna y se acerca a ella para preguntarle por qué se fugó y si se hospedó con ese nombre por venganza hacia él.

ACTRIZ: José Luis está loco.

IV. Fauna / Primer ensayo

Santos y Julia están haciendo la escena del reencuentro en amnesia. María Luisa y José Luis los miran.

ACTRIZ: No quiero ser ruda pero le digo con toda sinceridad que no sé de qué me habla.

SANTOS: Fauna, soy yo.

ACTRIZ: Parece ser un buen hombre, pero le pido que no insista. No sé quien es Fauna. Mi nombre es Martina Céspedes y a usted señor, no lo vi nunca en mi vida.

SANTOS: No entiendo por qué me querés torturar así, Fauna, ya te pedí disculpas.

ACTRIZ: Señor, si no se retira, le voy a tener que pedir al conserje que lo saquen por la fuerza.

SANTOS: Fauna, por favor, perdonáme. Hacerlo por el amor que me tuviste.

ACTRIZ: ¡Pero por favor, no sea ridículo, de qué amor me está hablando, más quisiera, amor, qué grandilocuente!

SANTOS: Fauna, soy yo, ¿qué es lo que te pasó, qué te hicieron?

ACTRIZ: Señor, por favor se lo pido.

DIRECTOR: Corte, corte... Muy bien Santos, va muy bien, gracias... Julia, escucháme, vos acá tenés que acumular, sino se arma como una especie de sinfín que no acumula, ¿entendés? El tipo está desesperado, porque no entiende si ella le está mintiendo o no.

MARÍA LUISA: De hecho es algo que nunca se comprobó.

DIRECTOR: Exacto. Entonces vos lo que tenés que actuar es eso, esa ambigüedad, ¿entendés? Hacernos dudar a nosotros y a él mismo si de verdad tuviste o no ese ataque de amnesia o si sólo te estás queriendo vengar. No digo que sea fácil, ¿eh? Me imagino algo como... (*José Luis se dispone a hacer una parte de la escena con Santos que se pone un poco incómodo.*) ¿Cómo es que le dice? Tíreme un pie. (*Santos no reacciona.*) Dígame alguna parte del texto.

SANTOS: ¿Cuál?

MARÍA LUISA: Por ahí desde "Hacelo por el amor que me tuviste".

DIRECTOR: Sí, a ver, retomemos desde ahí. Dígame ese texto.

SANTOS: Fauna, por favor, perdonáme. Hacelo por el amor que me tuviste.

DIRECTOR: ¡Pero por favor, no sea ridículo, de qué amor me está hablando, más quisiera, amor, qué grandilocuente!

SANTOS: Fauna, soy yo, ¿qué es lo que te pasó, qué te hicieron?

DIRECTOR: Señor, por favor se lo pido.

SANTOS: Si insistís en negarme te voy a tener que raptar.

DIRECTOR: Yo digo que ahí hace un clic, deberíamos poder ver que algo entiende o cree recordar, aunque sea un brillo muy sutil.

ACTRIZ: Ah, pero no habíamos llegado a esa parte todavía, por eso, me cortaste antes.

DIRECTOR: ¿Sí? Bueno, igual le faltaba acumulación. Vamos de nuevo.

MARÍA LUISA: Le sale bien al director, ¿eh? ¿Por qué no lo hace usted una vez de corrido así el Santos lo mira y aprende?

ACTRIZ: Perdón, ¿puedo decir algo? A mí la escena me gusta,

me parece potente en sí misma, pero lo que no entiendo es, pensando en la película, por qué elegimos un momento tan raro de la vida de Fauna para contar, un momento evidentemente triste y traumático que la muestra débil y confundida... Perdón, José, no es por desautorizarte, pero ¿no sería mejor contar a partir de que se empieza a vestir de hombre y se mete en los círculos de poetas y se convierte en el Fauno?

MARÍA LUISA: Ah, eso puede ser también.

ACTRIZ: Porque esta historia me parece hermosa y llena de patetismo y le agradezco mucho a Luisa que nos la haya contado y me parece que es muy útil que todos la conozcamos pero yo no la usaría para construir el personaje de Fauno, no me parece, no le hace justicia.

DIRECTOR: Perdón pero en todo caso la muestra vulnerable, cosa que era y no débil, eso es lo que me gusta de este episodio.

ACTRIZ: Pero tenía quince años, José Luis.

DIRECTOR: Justamente, una anécdota fundacional.

ACTRIZ: Que ella nunca quiso volver a contar, ¿o no, María Luisa? Hay que respetar eso. Además, ni que no hubiera anécdotas para elegir en la vida del Fauno, podríamos hacer una película de seis horas si quisiéramos.

SANTOS: Es un cuento que escribió la mamá.

MARÍA LUISA: ¿Qué cosa?

SANTOS: Que lo de la amnesia es una historia, a mí me lo contó como historia.

MARÍA LUISA: Eso está en sus cuadernos de recuperación.

SANTOS: ¿Usted leyó esos cuadernos?

MARÍA LUISA: No, pero existen.

SANTOS: ¿Quién dijo?

MARÍA LUISA: Mamina.

SANTOS: Es una historia le digo, es mentira.

DIRECTOR: Igual está bien. Perdón que los interrumpa, pero no es tan importante si fue cierto o no para lo que queremos hacer.

ACTRIZ: ¿Cómo que no? Para mí es fundamental.

DIRECTOR: ¿Desde cuándo?

ACTRIZ: ¿Cómo desde cuándo? Desde siempre.

DIRECTOR: ¿De qué hablas, Julia?

ACTRIZ: Para mí no es lo mismo si me pasó o si es algo que escribí. A lo mejor es algo que me pasó pero —justamente— como fue un episodio de amnesia, no lo recuerdo y me lo contaron y como a mí me avergüenza después solo puedo acercarme a ese dolor a través de la ficción, a través de la construcción ficcional.

Algo misterioso sucede. Santos y María Luisa se quedan mirándola como si Fauna se hubiese hecho presente, y José Luis está un poco atemorizado.

DIRECTOR: Yo digo que mejor lo dejemos por hoy y sigamos en otro momento. Estoy exhausto... Hoy enterré dos caballos.

SANTOS: Uno. A la Laica la enterré yo.

V. Terror

ACTRIZ: Por momentos siento que me querés conservar desde el terror.

DIRECTOR: ¿Qué significa eso?

ACTRIZ: Eso. Como si me maltrataras para que no pueda irme.

DIRECTOR: No entiendo.

ACTRIZ: Claro, si me quisieras libre te daría miedo que me fuera, entonces me infundás miedos para que no pueda hacer otra cosa que quedarme, porque soy débil. Y tengo miedo. Pero eso no es amar.

DIRECTOR: Todavía no entiendo lo que decís pero ya sé que no me gusta.

ACTRIZ: Casi todo el tiempo me devolvés una imagen tan mala de mí misma que a mí no me queda otra opción que querer revertirla, demostrarte que en realidad soy mejor que eso que estás viendo, y de ese modo me retenés. Esa falta de algo, ese constante estar en falta, hace que me quede, pero en estado de pánico. Y además, la otra triquiñuela es que, al estar ocupada en querer satisfacerte, cosa que nunca, claro, voy a conseguir, porque de eso se trata, no puedo darme cuenta de qué es lo que deseo yo, de a quién. O qué. A eso me refiero con que me retenés por medio del terror. Porque en ese devolverme insoportable al mismo tiempo instalás la sensación de que ninguna otra persona podría verme distinto y que

tengo que estar agradecida de que todavía estés dispuesto a soportarme.

DIRECTOR: Estás loca.

ACTRIZ: ¿Ves? No, no estoy loca.

DIRECTOR: Ya me dijiste que no querías que nos vinculáramos amorosamente y yo ya lo entendí y además ni siquiera sabías si yo tenía ganas de vincularme con vos acá, te adelantaste porque, ¿qué te hace pensar que voy a querer estar con vos ahora, por qué das por sentado eso? ¿Te sentís irresistible?

ACTRIZ: Ahí está, me estás agrediendo.

DIRECTOR: ¿Yo te estoy agrediendo? ¿Yo te estoy agrediendo? ¿Yo a vos? ¡Pero por favor! Vos venís acá y me enroscás con cualquier barbaridad, cualquier cosa me decís, que te doy terror, pero por favor, sacás lo peor de mí, de verdad, fijate cómo me hablás querida, te pensás que me podés decir cualquier cosa.

ACTRIZ: Ya te desencajaste, ¿ves a lo que me refiero?

DIRECTOR: No estoy desencajado, pero me decís cualquier barbaridad, ¡por favor! Yo tengo una familia, yo no estoy para estas pelotudeces, si no nos cierra, no nos cierra, no se va a morir nadie.

ACTRIZ: Esto no es terror.

DIRECTOR: No me rompas las pelotas, Julia, dejame trabajar en paz.

ACTRIZ: Un diplomático el tipo.

DIRECTOR: ¿Qué balbuceás?

ACTRIZ: Nada. Que sos una persona que herida puede decir cualquier cosa.

DIRECTOR: ¿Podemos seguir trabajando?

ACTRIZ: Sí.

VI. La gente confundida es peligrosa

Los cuatro ensayan la escena de la confesión de Fauna en el círculo de poetas.

SANTOS: ¿Y por qué quiere ser mi madre?

ACTRIZ: No, yo no quiero ser su madre, yo quiero contar la historia de su madre.

SANTOS: ¿Cuál?

ACTRIZ: ¿Cómo cuál? La de ella, la de su vida.

SANTOS: Ah, su vida, no una historia de ella entonces.

ACTRIZ: Uno de sus cuentos... Ah, no, no, claro, no, su vida.

SANTOS: Sí. ¿Por qué?

ACTRIZ: Porque me parece fascinante. Y como a mí me parece fascinante pienso que a muchas otras persona puede interesarle también y entonces quiero hacer esta película para que más gente pueda conocerla.

SANTOS: ¿A quién?

ACTRIZ: A su madre.

SANTOS: Mamá está muerta.

ACTRIZ: Sí, claro, ya sé, por eso.

SANTOS: Sí.

ACTRIZ: Vamos de vuelta.

SANTOS: Sí.

ACTRIZ: Empieza usted: “Discúlpeme hombre de bien”.

SANTOS: Sí. Discúlpeme hombre de bien. No quisiera yo importunarlo mi querido amigo, pero no he podido no observar que se conjugan en usted fuerzas que no alcanzo a nombrar.

ACTRIZ: No sé a qué se refiere mi queridísimo amigo.

SANTOS: Hágame el favor de no tomar a mal mi atrevimiento.

ACTRIZ: De ninguna manera, repose en la confianza, proceda usted.

SANTOS: Bien, mi amigo bienaventurado, séame leal y dispéñseme las torpezas, pero procedo por bien. No quiero dilatar ni de su tiempo abusar, pero, créame, no sé cómo proceder.

ACTRIZ: Amigo...

SANTOS: Carísimo amigo mío, me encuentro enamorado de usted.

ACTRIZ: ¡Oh!

Santos la besa. Deja de leer, parece que improvisa. Julia se desconcierta.

SANTOS: ¿Qué la amenaza tanto?

ACTRIZ: ¿Cómo?

SANTOS: ¿Por qué se siente tan amenazada?

ACTRIZ: ¿Amenazada? No sé, por nada.

SANTOS: Sí.

ACTRIZ: ¿Sí qué?

SANTOS: Usted tiene algo.

Julia lo abraza.

SANTOS: Tranquilo mi querido amigo, a mi lado ya no tendrá que temer.

MARÍA LUISA: Cuidado, Santos, que la chica anda confundida, y la gente confundida es peligrosa.

SANTOS: ¿Sí? Luisa, ¿usted siente que escapar, rehuir de los demás, de otro, es un acto de cobardía o de valor?

MARÍA LUISA: ¿Lo dice por la chica?

SANTOS: No, lo digo por nosotros acá.

MARÍA LUISA: Rehuir del encuentro

SANTOS: Sí.

MARÍA LUISA: No sé. Depende de lo que esté esperando en realidad; o de aquello a lo que se aspire. Fauna no sería Fauno de haber compartido su vida.

SANTOS: Eso está claro. Pero eso, ¿la convierte en valiente o todo lo contrario?

ACTRIZ: ¿Cómo hace una mujer para hacer lo que tiene que hacer y encima ser mujer?

DIRECTOR: No entiendo. ¿Estás haciendo poesía?

MARÍA LUISA: ¿Eso es de Fauna?

ACTRIZ: ¡No! Esto es mío. Lo que me pregunto es qué hace a una mujer completa, ¿tener hijos, decidir no tenerlos, porque puede, quiero decir, tenerlos y decide no hacerlo? ¿Por qué una mujer no puede tener un hijo lejos de su cuerpo, un hijo sin enterarse? ¿Por qué la mujer tiene siempre que –irremediablemente– saber? ¿Cómo hago para ser actriz y trabajar con mi cuerpo y además ser madre, cómo hago? ¿Cómo hago para brindar mi cuerpo a más de una cosa, cómo hago para desdoblarme? Si ya me desdoblo, todo el tiempo lo hago, pero en otro ser, otro ser vivo... ¿Cómo hago para no ser egoísta siendo madre o dejando de serlo, decidiendo no serlo nunca? ¿Quiero ser padre y concebir hijos lejos de mí, hijos que ni sé que existen o saber pero sin necesidad de –todo el tiempo– ver! ¿Qué dice que soy una mujer, qué

me hace comportarme así, con tanta determinación? ¿Por qué esa manía de saber y entender, todo el tiempo, qué es que, quién hace a quién? No puedo más responder a esta construcción de la debilidad.

SANTOS: Yo me siento débil también.

DIRECTOR: ¿Quieres hacer una película sobre la mujer?

ACTRIZ: Quisiera poder ser el padre de mis hijos.

SANTOS: Fauna fue un padre para nosotros.

ACTRIZ: ¿Podemos probar la escena de la confesión con Fauno como él? ¿Harías eso?

DIRECTOR: Si pensás que sirve.

ACTRIZ: Sí. Empieza usted: “Discúlpeme hombre de bien”.

SANTOS: Sí. Discúlpeme hombre de bien. No quisiera yo importunarlo mi querido amigo, pero no he podido no observar que se conjugan en usted fuerzas que no alcanzo a nombrar.

DIRECTOR: No sé a qué se refiere, mi queridísimo amigo.

SANTOS: Hágame el favor de no tomar a mal mi atrevimiento.

DIRECTOR: De ninguna manera, repose en la confianza, proceda usted.

SANTOS: Bien, mi amigo bienaventurado, séame leal y dispénseme las torpezas, pero procedo por bien. No quiero dilatar ni de su tiempo abusar, pero, créame, no sé cómo proceder.

DIRECTOR: Amigo...

SANTOS: Carísimo amigo mío, me encuentro enamorado de usted.

DIRECTOR: ¡Oh!

José Luis besa a Santos. Lo abraza.

MARÍA LUISA: Estos textos son muy malos, ¿quién los escribió?

DIRECTOR: Yo.

ACTRIZ: Su Fauno es más femenino que el mío.

VII. Género

ACTRIZ: Luisa, ¿sería un problema para usted, para la progresión del trabajo, si le confesara que me siento atraída por usted?

MARÍA LUISA: ¿Atraída?

ACTRIZ: Sí. En el sentido más amplio: estético, moral... Amoroso.

MARÍA LUISA: ¿No es demasiado pronto?

ACTRIZ: No sé. No para mí. ¿Piensa que puede ser un problema?

MARÍA LUISA: No para mí.

ACTRIZ: Ay, qué alivio Luisa, tenía miedo de estar sola en esto.

MARÍA LUISA: ¿Sola en qué?

ACTRIZ: En esto que siento, que me pasa, esta... Atracción, para llamarlo de algún modo.

MARÍA LUISA: Ah, pero sí está sola en esa atracción.

ACTRIZ: Ah.

MARÍA LUISA: No es por herirla, pero la verdad que no puedo verla como una superficie sexual.

ACTRIZ: ¿Superficie sexual?

MARÍA LUISA: Sobre la cual proyectarme, al deseo, sobre la que proyectar mi deseo.

ACTRIZ: Ah, bueno, no sé qué decir, le pido muchas disculpas, pensé que estábamos juntas en esto, sino no me pegaba semejante piletazo.

MARÍA LUISA: No puedo verla como una mujer.

ACTRIZ: Ah.

MARÍA LUISA: Todo esto es muy movilizador y, no me lo tome a mal.

ACTRIZ: No, no, discúlpeme usted a mí por semejante avanzada.

MARÍA LUISA: Estoy confundida con el tema de mi madre.

ACTRIZ: ¿Cómo?

MARÍA LUISA: Con usted interpretando a mi madre.

ACTRIZ: Ah sí, ¿le hace mal eso?

MARÍA LUISA: No, en sí mismo no, diría. Pero no podría verla sexual.

ACTRIZ: Ah, sí, claro, entiendo... Qué lástima.

MARÍA LUISA: Una picardía. Usted es muy hermosa.

ACTRIZ: Para lo que me sirve.

MARÍA LUISA: Ah, no, claro, como servir no sirve, pero adorna.

ACTRIZ: Rellena.

MARÍA LUISA: Embellece.

ACTRIZ: Ni siquiera.

MARÍA LUISA: Confunde.

ACTRIZ: En el mejor de los casos.

VIII. Entre varones

SANTOS: ¿Por qué ella ya no lo quiere?

DIRECTOR: ¿Julia?

SANTOS: La actriz.

DIRECTOR: ¿Y de dónde saca que no me quiere? (*Se miran cómplices porque acaban de escuchar la conversación de las mujeres.*) Igual yo dejé de quererla primero.

SANTOS: ¿Ah sí?

DIRECTOR: Sí.

SANTOS: Lo felicito entonces.

DIRECTOR: No entiendo.

SANTOS: Lo felicito por ser vencedor.

DIRECTOR: Ah, ya entendí, es ironía.

SANTOS: Sí.

DIRECTOR: ¿Entonces puedo sincerarme?

SANTOS: Sí.

DIRECTOR: No la dejé de querer nada, estoy enamorado de ella.

SANTOS: Ya sé.

DIRECTOR: ¿Ah sí? ¿Se nota?

SANTOS: Sí... Y a mí me gusta usted.

José Luis se ríe mucho.

SANTOS: Estoy hablando en serio.

DIRECTOR: ¿Ah, sí?

SANTOS: Sí.

DIRECTOR: Pero parece tan rudo.

SANTOS: Soy rudo. Y me siento atraído por usted, que es tan débil.

DIRECTOR: ¿Yo soy débil?

SANTOS: Sí.

DIRECTOR: Puede ser. ¿Quiénes son ustedes, de dónde salieron?

SANTOS: ¿Nosotros? De ningún lado, siempre estuvimos acá. Son ustedes los que nos vinieron a buscar.

DIRECTOR: No me refiero a eso. No lo decía literal. ¿Por qué es tan difícil hacerse entender acá?

SANTOS: ¿Es difícil?

DIRECTOR: Sí, muy. Yo vine arrastrado por Julia, ni siquiera sabía quién era Fauna, nunca la había sentido nombrar, a mí me gusta la ficción, yo no tengo nada que ver con esto, con las historias de vida. A mí me gusta escribir un guión, pensar en un guión completamente ficticio, artificial, y salir a filmarlo, aunque después termine pareciéndose a la vida.

SANTOS: ¿Qué cosa?

DIRECTOR: La película.

SANTOS: Ah, sí.

DIRECTOR: Pero yo esto de involucrarme así no puedo, esto me parece carísimo.

SANTOS: ¿Caro?

DIRECTOR: Sí, me parece que es pagar un precio altísimo por no sé qué, siento que ya estoy pagando un precio altísimo.

SANTOS: ¿Lo dice por nosotros?

DIRECTOR: Mire cómo estoy.

SANTOS: Yo lo veo bien, adecuándose.

DIRECTOR: Yo no tengo nada.

SANTOS: ¿Cómo?

DIRECTOR: Eso, que no tengo nada, ni siquiera capital simbólico. Si no fuera por ella nunca podría haber llegado hasta acá, soy un farsante.

SANTOS: ¿Por Fauna?

DIRECTOR: Por Julia. Bueno, sí, por Fauna también. Yo no me doy cuenta de esas cosas, de dónde está vibrando algo, no tengo esa capacidad, esa disposición. Julia sí, ella sí siente cosas, ella está despierta, percibe, se da cuenta. Y va detrás de cosas movida por una certeza interna que vaya uno a saber cómo se le configura. Y yo confío mucho en ella en ese sentido y voy y la sigo, cuando la veo ir con tanta decisión. Como ahora por ejemplo, que vinimos hasta acá.

SANTOS: Yo entiendo lo que me dice pero no me parece tan importante saber quién descubrió qué cosa primero. Lo cierto es que usted está acá, lo mismo que ella, haciendo la investigación para su película, intentando acercarse a la figura de Fauna.

DIRECTOR: Pero si no es cierto lo de Fauna.

SANTOS: ¿Qué no es cierto?

DIRECTOR: Fauno, Fauna, todo ese mito.

SANTOS: ¿Qué es lo que no es cierto?

DIRECTOR: Que haya existido.

SANTOS: ¿Cómo que no? ¿De dónde saca eso?

DIRECTOR: Es todo un invento de Julia para ser el centro.

SANTOS: ¿Lo de la película?

DIRECTOR: No, lo de su madre. ¿No ve que ahora anda vestida de ella cautivándolos a todos? Yo ya le conozco las mañas.

SANTOS: Es una actriz.

DIRECTOR: Por eso.

SANTOS: Está actuando.

DIRECTOR: Justamente. No le crea nada.

SANTOS: ¿A qué se refiere?

DIRECTOR: A lo de la Fauna.

SANTOS: Pero ésa fue mi madre.

DIRECTOR: No, no, no.

SANTOS: Sí, sí, sí, le aseguro que sí. No entiendo en qué momento se confundió tanto.

DIRECTOR: No sé, yo diría que estoy viendo con mucha claridad.

SANTOS: Hace un rato le dije que estaba enamorado de usted y eso cayó en saco roto.

DIRECTOR: Sí, tiene razón, discúlpeme, pero pasa que no puedo hacer nada con esa información ahora mismo.

SANTOS: No hay nada que hacer.

DIRECTOR: Ni qué decir tampoco, a eso me refiero.

SANTOS: No diga nada entonces. José Luis, antes, cuando enterrábamos los caballos, ¿no se dio cuenta de cómo lo miraba?

DIRECTOR: ¿Usted me miraba?

SANTOS: Sí.

DIRECTOR: No, la verdad que no, estaba muy concentrado.

SANTOS: Y triste.

DIRECTOR: Sí, también. Aunque más impresionado que triste la verdad. Eran enormes esos caballos, qué pena me dio... Todavía no me entra en la cabeza cómo es que unos insectos pueden contra unos animales tan grandes.

SANTOS: Eran muchos insectos. Y los caballos estaban atados. Eso los mató. Fue culpa nuestra, un error imperdonable.

DIRECTOR: Bueno, son cosas que pasan.

SANTOS: No.

DIRECTOR: ¿No?

SANTOS: No, no pasan. Esto no va a dejar de pasar nunca, yo a la Laica la vi nacer. No solamente la vi sino que la ayudé a nacer, porque se le había trabado una patita. Y lloraba ella y la madre relinchaba y se quería soltar, con el potrillo colgándole entre las piernas y Luisa tuvo que inmovilizarla mientras yo le abría camino a la Laica... Así que la di a luz, la parí prácticamente y ahora no estuve cuando moría, no pude asistirle a morir. Y la maté, también yo la maté. Como si la naturaleza hubiese insistido en completar lo que se había propuesto en el parto, en el que intercedí, porque la madre, la yegua, había empezado a caminar, había decidido que ese hijo quedara trabado y así morían las dos, en ese parto era que les hubiese tocado irse juntas y yo lo impedí, en un arrebato de soberbia, creí poder torcer todo y no, finalmente yacieron las dos, las dos juntas en el monte y por mi culpa, y no pude hacer nada para evitarlo.

El Director lo abraza y todo es muy confuso.

IX. Círculo de poetas

Todos van vestidos como Julia, de poetas.

ACTRIZ: Muy cerca de acá vivía un hombre que tenía once hijos varones y una única hija mujer. Un día, la madre de los niños muere y el hombre, sintiéndose solo, se casa con otra mujer, que odia profundamente a los doce jóvenes. Entonces convierte a los varones en cisnes y los obliga a emigrar. El hechizo, sin embargo, sólo actúa mientras brilla el sol. Cuando cae la noche tienen que estar en tierra firme porque recuperan su forma de muchachos y si la noche los encontrara sobrevolando el agua caerían irremediablemente. A Elisa, la única hija, le unta la cara con un ungüento maligno, su padre no la reconoce y la confina al monte. Entonces la muchacha emprende una peregrinación hacia la costa, quiere reencontrarse con sus hermanos cisne. Camina durante días y noches hasta que alcanza el mar. Allí espera hasta que un ocaso avista una bandada de once pájaros salvajes, ni uno más ni uno menos, y al extinguirse el último rayo de luz se presentan ante ella sus once hermanos. Éstos, en figura de muchachos, le cuentan que lo único que los liberaría de la maldición sería que ella les tejiera a cada uno de los once una chaqueta de ortiga. Y que a lo largo de ese proceso, debería enmudecer. Elisa pasa la noche junto a sus hermanos

y se compromete a comenzar con la tarea al alba. Trabaja incansablemente y en silencio a lo largo de días y noches. Una de esas noches la descubren robando ramas de la ortiga de un monasterio, es confinada a un calabozo y sometida a un juicio por brujería en el que se la declara culpable porque se niega a renunciar al voto de silencio. Cuando se encuentra al borde de la desesperación, porque le falta muy poco ya para terminar las chaquetas, comienzan a brotar plantas de ortiga de la humedad de su calabozo. Elisa teje y teje hasta el día de la sentencia. Incluso mientras la arrastran hasta la pira Elisa sigue tejiendo. Trabaja en la última de las once prendas cuando las llamas la abrasan. Y entonces descienden del cielo once cisnes salvajes y Elisa, entre el humo ya, les arroja las chaquetas a los cisnes que en contacto con la prenda de ortiga se convierten uno a uno en hombres. La gente asiste al milagro en silencio. Las plumas caen de los jóvenes y extinguen el fuego que abrasaba a Elisa. Sólo el hermano más joven, cuya chaqueta Elisa no llegó a terminar, estrecha a su hermana contra el pecho en un abrazo mitad humano, mitad ave.

Santos se acerca a José Luis.

SANTOS: Discúlpeme hombre de bien. No quisiera yo importunarlo mi querido amigo, pero no he podido no observar que se conjugan en usted fuerzas que no alcanzo a nombrar.

DIRECTOR: No sé a qué se refiere, mi queridísimo amigo.

SANTOS: Hágame el favor de no tomar a mal mi atrevimiento.

DIRECTOR: De ninguna manera, repose en la confianza, proceda usted.

SANTOS: Bien mi amigo bienaventurado, séame leal y dispénseme las torpezas, pero procedo por bien. No quiero dilatar ni de su tiempo abusar, pero, créame, no sé cómo proceder.

DIRECTOR: Amigo...

SANTOS: Carísimo amigo mío, me encuentro enamorado de usted.

DIRECTOR: ¡Oh!

José Luis espera el beso que no llega.

SANTOS: Sé que pueda resultarle poco ortodoxo, o inesperado, por favor no se asuste usted.

DIRECTOR: No, no, en lo más mínimo. No me asusta.

SANTOS: ¿Ah, no?

DIRECTOR: Alimento hacia usted los mismos sentimientos o más precisamente: el mismo sentimiento, éste.

SANTOS: Déjeme decirle que su aparición en este, nuestro círculo, ha significado una revolución, ha usted dado un cimbronazo de frescura con su iconoclastía, avidez y claridad de espíritu. Tal es así que nada querría yo menos que alejarlo de mí o de nosotros por éstos, mis sentimientos personales y de posesión, lejos de mí querer apartarlo de nosotros. Tome mis palabras como cumplimento y haga con o de ellas lo que le parezca prudente, discúlpeme si lo atormento, llevo estas cosas desde hace tiempo atesoradas en el corazón, se me ha vuelto usted imprescindible, mi querido Fauno.

DIRECTOR (*Mirando a las mujeres, como buscando privacidad*):
¿Le molestaría acompañarme a la terraza unos minutos?

SANTOS: No señor, lo acompaño con gusto.

Ambos se adelantan.

DIRECTOR: Mi adorado Ramón, no he sido del todo sincero con usted.

SANTOS: Ya me lo imaginaba.

DIRECTOR: No, pero no es lo que usted piensa.

SANTOS: ¿Ah, no?

DIRECTOR: No. Espero sepa perdonarme y no tomarlo a mal, es una decisión que precede a haberlo conocido.

SANTOS: Sí, sí, claro, ninguno de nosotros empezó su vida ayer, claro. Creo estar listo para recibir lo que tenga para decirme.

DIRECTOR: Santos, Ramón, yo no soy Fauno, soy Fauna.

SANTOS: ¿Cómo?

DIRECTOR: Que no soy hombre, que soy mujer.

Julia aparece y José Luis se retira.

ACTRIZ: Que no soy varón, que soy mujer.

SANTOS: Ah, sí, sí, ya veo, claro, sí.

ACTRIZ: ¿No se sorprende?

SANTOS: No mucho a decir verdad.

ACTRIZ: ¿Pero cómo que no?

SANTOS: No. Como mujer no podría haber participado de nuestras veladas, por eso viste así.

ACTRIZ: Sí, pero, ¿ya lo sabía? ¿Es algo que sucede muy seguido?

SANTOS: No, ni uno ni lo otro, y sin embargo no me sorprende.

ACTRIZ: ¿Lo decepciona?

SANTOS: No, tampoco.

ACTRIZ: ¿Y entonces? *(Julia se empieza a preocupar un poco, mira de costado, como buscando apoyo en alguno de los otros dos.)*

SANTOS: Yo lo supe todo este tiempo.

ACTRIZ: ¿Qué es lo que supo?

SANTOS: Que usted era una impostora, "Fauna".

ACTRIZ: ¿Pero no dijo que no le sorprendía? No entiendo.

SANTOS: Es que sorprender no me sorprende, me descorazona.

ACTRIZ: No estoy entendiendo.

SANTOS: ¿Qué es lo que no entiende? Usted no ama a ese hombre.

ACTRIZ: ¿A mi marido?

SANTOS: A ése. (*Señala a José Luis.*)

ACTRIZ: Él no es mi marido. Es Fauno.

SANTOS: Es José Luis.

ACTRIZ: Ah, ¿ya cortamos?

SANTOS: No. Escuchéme bien, Faunesa impostora.

ACTRIZ: No entiendo por qué me habla así.

SANTOS: Dije que escuche, no que hable. Escuche... Acá ya hubo una Fauna, no necesitamos a ninguna otra, nunca va a haber otra como ella y es perverso el gesto de intentar emularla para algo tan frívolo como un filme.

ACTRIZ: ¿Por qué frívolo?

SANTOS: ¿Usted quiere retratar a mi mamá, representarla, ser ella?

ACTRIZ: Quiero contar su historia.

SANTOS: ¿Qué historia?

ACTRIZ: La de su vida.

SANTOS: No hay tal cosa como contar la historia de una vida.

Eso es para gente que no sabe vivir, ¿por qué no cuenta su historia sino, la de su vida, algo de lo que tenga algo de idea?

ACTRIZ: No me parece tan interesante mi vida.

SANTOS: Justamente, a mí tampoco.

ACTRIZ: ¿La mía?

SANTOS: La de un actor. A usted la conozco demasiado poco como para juzgarla.

ACTRIZ: ¿Y entonces?

SANTOS: Lo que quiero es que se vaya sin dejar rastros.

ACTRIZ: ¿A dónde?

SANTOS: A dónde no sé, a dónde guste, pero se desvanece, sin dar explicaciones.

ACTRIZ: Ay, no entiendo, si es una broma igual no me gusta nada.

SANTOS: Yo estoy hablando muy en serio, lo más en serio de toda la noche.

ACTRIZ: Pero yo estaba actuando.

SANTOS: Sí, todo el tiempo.

ACTRIZ: No, todo el tiempo no, ahora, antes. Ahora ya no.

SANTOS: No le creo, ahora actúa de actriz frágil.

ACTRIZ: ¡No, soy frágil!

SANTOS: ¿Y eso cómo se demuestra en alguien como usted, cómo se comprueba?

ACTRIZ: No entiendo adónde estamos yendo.

SANTOS: Yo a ningún lado, es usted la que se va

ACTRIZ: ¿Y si me niego?

DIRECTOR: Vamos, Julia. Vamos yendo.

MARÍA LUISA: Ya entendí, esto es como en *Saverio el cruel*. ¿Conocen *Saverio el cruel*? De Arlt. Es como en Calderón pero con final triste. ¿Ésta va a ser con final triste?

SANTOS: ¿Triste para quién?

MARÍA LUISA: Es una buena pregunta, triste para quién...

“Cuando yo tenía la cabeza llena de nubes, creía que un fantasma gracioso suplía una tosca realidad. Ahora he descubierto que cien fantasmas no valen un hombre. Antes de conocerlos a ustedes era un hombre feliz... Por la noche

llegaba a mi cuarto enormemente cansado. Para ganarme la vida tenía que realizar tales esfuerzos, que inevitablemente terminé sobreestimando mi personalidad. Cuando ustedes me invitaron a participar en la farsa, como mi naturaleza estaba virgen de sueños espléndidos, la farsa se transformó, en mi sensibilidad, en una realidad violenta, que hora por hora modificaba la arquitectura de mi vida.”

SANTOS: Me gusta lo de la arquitectura de mi vida. ¿Eso es *Saverio*?

MARÍA LUISA: Sí, el engañado-engañador-engañado.

SANTOS: La realidad es cruel si se la despoja de todo sentido de trascendencia. Si se la vive como imposible de ser cambiada... Lo más cruel de la realidad no reside en su carácter cruel, sino en el hecho de ser inevitable.

MARÍA LUISA: Absolutamente.

Las cuatro Faunas se dicen te amo. María Luisa se lo dice a Santos y duda con Julia. Santos a José Luis y duda con Julia. José Luis a Julia y duda con Santos. Julia a María Luisa y duda con José Luis.

EL TIEMPO TODO ENTERO

La vocación de un poeta se apoya sobre algo tan tenue y fino como una tela de araña. (...) Pocos, muy pocos, lo consiguen por sí solos. Se necesita una gran ayuda. Yo no puedo dártela. Yo te retengo para que no vayas a tu destrucción.

Miss Venable en *Súbitamente el último verano*, de Tennessee Williams.

Si se atiende a la naturaleza del tiempo, es obvio que para conservar una cosa cualquiera en cada momento que dura, se precisa la misma fuerza y acción que para crearla de nuevo, si no existiese.

Descartes, *Meditaciones metafísicas*.

Antonia y Lorenzo, en su casa, están escuchando “No hay nada más difícil que vivir sin ti”, de Marco Antonio Solís.

ANTONIA: Él le escribe la canción a ella desde la cárcel. La gracia es que parece una canción de amor, de separación; pero lo que en realidad pasa es que ella ya está muerta. Y está muerta porque él la mató, el cantautor, la asesinó.

LORENZO: ¿Y eso es verdad?

ANTONIA: Sí, lo sabe todo el mundo. Es algo que se sabe.

LORENZO: ¿Pero estuvo preso por asesinato?

ANTONIA: Qué te parece. Mató a una mujer. A la suya.

LORENZO: ¿Cómo la mató?

ANTONIA: No sé bien. Diría que a cuchillazos. Era con sangre, de eso me acuerdo. Cuchillazos puede ser.

LORENZO: O tiros.

ANTONIA: Sí, no, pero eso es a distancia, es más cobarde. Menos pasional. Cuchilladas da más pasional.

LORENZO: Puñaladas.

ANTONIA: Sí. Pero no estoy segura.

LORENZO: ¿Pero el tipo es asesino y famoso?

ANTONIA: Muy famoso, es una estrella, ¿qué tiene que ver? Es un cantautor y se hizo famosísimo como cantautor. Los mejicanos somos así, pasionales.

LORENZO: ¿Y qué tiene que ver?

ANTONIA: Que matamos a nuestras mujeres por una traición.
Y no está mal visto, al contrario. Es de machotes.

Antonia dispara con los dedos mientras Lorenzo se cambia los zapatos.

LORENZO: Dale, Pun, seguí, me interesa.

Pistolitas.

LORENZO: Si me paro, cobrás.

Antonia sigue con las pistolitas, lo provoca, Lorenzo se para y se le va encima, ella se aparta riendo.

ANTONIA: No, en serio, Pun, el tipo mata a la mujer, le escribe una canción de despecho y se hace famoso y multimillonario. El público lo ama, y lo perdonó. Mirá cómo lo miran esas mujeres en el recital. Y los hombres también, están todos encantados, de encantamiento, como hipnotizados. Se ve que es poderoso lo que produce.

LORENZO: No sabía lo del crimen, creí que era una canción de amor.

ANTONIA: Porque es una canción de amor.

LORENZO: ¿En qué sentido?

ANTONIA: En el único. Que es de amor. Que la haya matado no anula que la ame, que la haya amado. Al contrario. Sólo que es un amor muy pasional, fuera de control.

LORENZO: Un amor mejicano.

ANTONIA: Exacto. Pero no por lo machote, ¿eh? Por el sentido del humor, eso puede ser. A lo mejor en Méjico la gente perdona o tolera que alguien mate a la mujer y

después venda millones de discos cantándole a la muerta que la extraña. Eso es una cuestión de distancia, de distanciamiento, de superación. De sentido del humor. Es verlo con humor.

LORENZO: Puede ser.

ANTONIA: Como el cuadro de los piquetitos de Frida, Pun.

LORENZO: ¿El del pelo?

ANTONIA: “Mira que si te quise fue por el pelo, ahora que estás pelona, ya no te quiero”. Vos decís el de la pelona, no, ése no es.

LORENZO: ¿No es ése? No sé cuál decís entonces, ¿cuál era el de los piquetitos? No me los sé de memoria.

ANTONIA: Sí, Pun, el del asesino. “Unos cuántos piquetitos!”, así, con signo de admiración.

LORENZO: No me acuerdo, no me los sé de memoria.

ANTONIA: Sí, que arriba tiene la leyenda. Hay un hombre de pie, detrás de una cama, con la mujer acuchillada, todo suspendido en el centro de una habitación. Está la cama y sobre la cama una mujer desnuda acuchillada y toda ensangrentada y detrás de ella y de la cama hay un hombre de pie con un cuchillo en la mano. Él está completamente vestido, diría que de pantalón negro o marrón, oscuro, y camisa blanca, con sangre también. Y arriba en una banderita que sostienen dos pajaritos dice: “Unos cuantos piquetitos!”.

LORENZO: No, no sé, no me acuerdo, no me los sé de memoria.

Lorenzo le muestra un suéter a su hermana.

ANTONIA: ¿Con esa camisa?

LORENZO: Sí.

ANTONIA: Y, no. Qué, ¿vos te estás yendo?

LORENZO: No, en un rato.

ANTONIA: Y, ¿ves que es mejicano? Éste es el caso verídico de un tipo que clavó a su mujer no sé cuántos cientos de veces y cuando lo agarró la policía dijo que sólo le había dado un par de piquetitos... Así salió en la prensa y por eso lo pintó Frida.

LORENZO: ¿Y acá no pasa?

ANTONIA: ¿Qué?

LORENZO: No sé. Estaba pensando si acá también hay asesinos cantautores millonarios u hombres tipo este piquetitos. O Fridas.

ANTONIA: Así no. Otro sentido del humor creo.

LORENZO: Ninguno.

ANTONIA: No diría que ninguno, pero sería más desde la acidez, ¿no? O desde el silencio. Pienso en Barreda, por ejemplo. O en Pantriste.

LORENZO: ¿Cuál era Pantriste?

ANTONIA: El chico que mató a los compañeros porque le decían "Pantriste, Pantriste". Siempre silencio, silencio, silencio, hasta que un día ¡pum! y a otra cosa mariposa. Pero en esos casos fue con armas de fuego. El arma de fuego es otra cosa, es no querer ensuciarse las manos: estimás realmente tan poco al otro que no querés ni tocarlo, no te querés relacionar con su sangre. Acá son claramente más del arma de fuego. Después, cada tanto, te aparece un 113 puñaladas o algo así, pero es más aislado. Diría. La idiosincrasia de acá es más la del arma de fuego, ¿no?

LORENZO: Qué sé yo.

ANTONIA: ¿Vos te considerarás más pistolero o más cuchillero?

LORENZO: Pistolero.

ANTONIA: Totalmente. Por fifí. No tocás la carne ni que te caguen a trompadas.

LORENZO: No. ¿Vos? De vos no me doy cuenta.

ANTONIA: Creo que de las dos.

LORENZO: Pepita la pistolera.

ANTONIA: Y Antonia la Carnicera. Sí, supongo que de las dos.

Arma si te quiero poco, puñal si me caés lindo.

Antonia finge sentir una puntada en el pecho. Lorenzo la mira, no sabe qué hacer.

LORENZO: ¿Hablaste con mamá?

ANTONIA: Ay pará un poquito.

LORENZO: ¿Qué pasa?

ANTONIA: Pará un cachito.

Antonia respira con dificultad. Camina hasta el banco y se sienta junto a su hermano. Parece descomponerse.

LORENZO: ¿Querés que llame a mamá?

Antonia larga una carcajada y se recompone en el acto. El hermano le tira del pelo con violencia.

ANTONIA: ¡El pelo no!

Antonia vuelve a su escritorio.

ANTONIA: Sí, ¿eh? Definitivamente pistolero... “¿Querés que llame a mamá?”.

LORENZO: ¡Qué viva que sos!

Antonia, un rato después, desde la computadora.

ANTONIA: ¿Y a dónde te vas?

LORENZO: En un rato me pasan a buscar.

ANTONIA: Pero a dónde vas.

LORENZO: En un rato me pasan a buscar.

ANTONIA: ¿Tenés ganas de un hipótesis?

Lorenzo niega con la cabeza.

ANTONIA: Título: "Sobrevivientes de un accidente". Dos hermanos varones. Vos tenés un hermano mayor. Los dos tienen novias. Yo soy la novia de tu hermano mayor. Hacemos muchas cosas de a cuatro, nos llevamos todos muy bien. Ustedes, los hermanos, son de una belleza deslumbrante. Todos estamos muy enamorados, nosotras de ustedes, ustedes de nosotras.

LORENZO: Suena bien.

ANTONIA: Una noche, tu hermano lleva a tu novia hasta la estación. Se hizo tarde y no quieren dejarla que camine sola y entonces tu hermano se ofrece a llevarla con el auto.

LORENZO: ¿Vos y yo dónde estamos?

ANTONIA: Yo me quedé acá en mi casa, estudiando y vos te quedaste en la tuya. No fuiste en el auto porque tu hermano la alcanzaba de paso.

LORENZO: ¿Entonces?

ANTONIA: Chocan. Chocan y se mueren los dos.

LORENZO: Los dos que no somos nosotros.

ANTONIA: Exacto.

LORENZO: Horrible. ¿Y nosotros?

ANTONIA: Destrozados. Destrozados y unidos por esta terrible tragedia. Nos vemos seguido, porque nadie nos entiende mejor que nosotros mismos que compartimos el dolor.

Nos visitamos muy seguido. Vos me hacés acordar tanto a mi amor. Te parecés tanto... Una noche yo voy a verte a tu casa, como tantas otras noches y escuchamos música, y nos reímos, y todo es muy confuso. Listo.

LORENZO: ¿Cuántos años más que yo tenés?

ANTONIA: Cuatro.

LORENZO: ¿Y yo cuántos tengo?

ANTONIA: No es importante eso.

LORENZO: ¿Cuánto tiempo pasó desde el accidente?

ANTONIA: Meses.

LORENZO: Dejáme pensar. Negativo, no.

ANTONIA: ¿Ni un beso confundido? Soy muy linda. Y estoy muy lastimada. Igual que vos. Y tu hermano me amaba a mí.

LORENZO: Pero yo tengo el corazón totalmente roto y ni se me ocurre empezar de nuevo.

ANTONIA: Pero no es empezar nada, es confundirse.

LORENZO: Con más razón. Es más, te pediría que no nos viéramos más.

ANTONIA: ¿En serio? Qué duro.

LORENZO: Lo haría para olvidar y para que vos también puedas seguir adelante. Porque sino con el tema del parecido podés llegar a quedar prendida toda tu vida. Te estoy echando para que te rehagas.

ANTONIA: O sea que te importo.

LORENZO: Claro que me importás, si fuiste el amor de mi hermano, cómo no me vas a importar.

ANTONIA: Pero no me amás.

LORENZO: Exacto.

ANTONIA: ¿Y si insisto? ¿Y te convenzo?

Antonia se le insinúa, se le abalanza, lo quiere besar.

LORENZO: Salí, asquerosa.

ANTONIA: Besame, besame.

LORENZO: Basta, Puni, salí. Código, Antonia, ¡código!

Entra Úrsula, los ve, los interrumpe.

ÚRSULA: Se van a lastimar. ¡Antonía! Salí de ahí. ¿Me escuchaste?

Antonía sale, haciendo una reverencia irónica.

ÚRSULA: ¿Hablaste con tu hermana?

LORENZO: Sí.

ÚRSULA: ¿Hablaron? ¿Y ella qué dijo?

LORENZO: De qué.

ÚRSULA: De que te vayas. De que te quieras ir.

LORENZO: Ah no, de eso no hablé.

ÚRSULA: ¿Y cuándo se lo pensás decir?

LORENZO: ¿Decir qué?

ÚRSULA: Que te vas a ir, Lorenzo, eso, ni más ni menos.

LORENZO: No es seguro. Cuando lo sepa seguro, se lo digo.

ÚRSULA: ¿Pero por qué no la vas preparando?

LORENZO: ¿Preparando para qué?

ÚRSULA: Para cuando no estés.

LORENZO: ¿Vos pensás lo que decís? ¿Te prestás atención? ¿Exactamente cómo te imaginás que funciona eso de preparar a alguien para algo? Peor, preparar a alguien para algo completamente incierto, en donde ni siquiera vas a estar presente porque de hecho se trata de eso, de que no estés presente, de que no vas a estar.

ÚRSULA: Brillante, ¿terminaste? Digo que le hables de tu deseo de ir a vivir a otra parte, aunque no estés seguro.

LORENZO: ¿Para qué?

ÚRSULA: ¿Qué clase de relación tienen ustedes sino? Ustedes tienen una relación hermosa, no entiendo por qué vas a querer estar ocultándole algo tan importante para vos.

LORENZO: No se lo estoy ocultando. Estoy esperando el momento para decirle.

ÚRSULA: Ahora.

LORENZO: No, ahora no puedo.

ÚRSULA: ¿Por qué no?

LORENZO: Porque ahora no puedo.

ÚRSULA: ¿Por qué no?

LORENZO: Porque no puedo.

Lorenzo le muestra el libro que está leyendo.

ÚRSULA: ¿Y cuándo se lo pensás decir?

LORENZO: Más tarde.

ÚRSULA: ¿Más tarde a las dos de la mañana?

LORENZO: Tal vez.

Úrsula le arrebató el libro y se aleja.

ÚRSULA: Que sea hoy. Si no se lo decís vos, se lo digo yo.

LORENZO: Ni se te ocurra.

ÚRSULA: El silencio puede hacer mucho daño, Lorenzo. No saber lastima.

LORENZO: No sé si estoy tan de acuerdo con eso. Yo, a veces, la verdad que prefiero no saber. Me parece que a veces no decir las cosas puede ser un acto de cariño también, de cuidado. Te diría que un gran porcentaje de todas las cosas que sé de vos, si me dabas la posibilidad de elegir, hubiera preferido no escucharlas nunca.

Úrsula le tira un libro a su hijo. Lorenzo recibe el impacto. Levanta el libro, lo mira, va hacia la madre y se lo apoya sobre el pecho.

LORENZO: La próxima te la devuelvo.

Lorenzo se aleja con su libro. Antonia vuelve a la computadora. Úrsula con una hebilla en su mano.

ÚRSULA: Antonia...

ANTONIA: ¿Qué?

ÚRSULA: ¿Te gusta?

ANTONIA: Sí, muy linda.

ÚRSULA: Me la compré para hoy, te la presto cuando quieras.

ANTONIA: No es muy mi estilo, gracias.

ÚRSULA: Bueno, pero si la querés me la pedís.

ANTONIA: Hecho.

Úrsula se pone a canturrear una canción, camina por el espacio, se acerca al equipo de música. Toca unos botones, se enciende la radio a todo volumen, fuera de sintonía.

ANTONIA: ¡Play!

ÚRSULA: ¿No me digas? Dice *Reading, Reading*, que está leyendo.

Empieza a sonar “Macorina”, por Chavela Vargas. Úrsula se acerca a su hija, la saca a bailar. Antonia se niega inicialmente pero termina accediendo. Hacen distintos pasos. En algún momento Antonia abandona la vergüenza y pasa a liderar, como si fuera el hombre. Úrsula se deja llevar. Antonia rompe el abrazo y vuelve a la computadora. La madre como novio herido, despechado, apaga la música.

ÚRSULA: Caprichosa.

La madre camina.

ÚRSULA: No te digo una relación tradicional pero alguna, de algún tipo. Algo a tu medida.

ANTONIA: ¿Otra vez?

ÚRSULA: Es lo único que digo, no digo nada más.

Antonia se queda pensando.

ANTONIA: Es como que me regales una pollera rosa y preten-
das que me la ponga. Es casi ofensivo, Uschi.

ÚRSULA: No me digas Uschi.

ANTONIA: No me digas “conseguite un novio”.

ÚRSULA: Yo no dije. No digo novio. Digo algo, de algún tipo,
lo que vos quieras.

ANTONIA: Peor.

ÚRSULA: Listo, basta, ya te pedí disculpas, no digo nada más.
Mirá, boca cerrada, a otra cosa mariposa.

Antonia se queda pensando. Retoma.

ANTONIA: Aparte, es violento, porque es desoír lo que yo
vengo emitiendo, lo que trato o intento emitir con mi
comportamiento.

ÚRSULA: ¿Qué es lo que emitís?

ANTONIA: Lo que soy, esto que soy. ¿Vos me ves tan mal?

Úrsula no responde.

ANTONIA: ¿Me ves mal?

ÚRSULA: No, hija.

ANTONIA: Depende de dónde lo mires eso querés decir.

ÚRSULA: No, nena, Antonia, no te veo mal. Si sos preciosa, mirá lo que sos.

ANTONIA: Depende de lo que estés esperando. Y tenés razón; es una cuestión de puntos de vista, o de expectativas. La cosa es que a mí me gusta estar acá y yo elijo no salir y tener lo vínculos que tengo con ustedes y profundizo en éstos. Más la gente que conozco acá.

ÚRSULA: Los amigos de la banda ancha.

ANTONIA: La banda ancha es el servicio, mamá. ¿Vos te estás yendo?

ÚRSULA: En un rato me pasan a buscar.

ANTONIA: Ahora si hay algo que no puedo yo, por ejemplo, entender para nada, pero para nada es esa necesidad, esa pulsión que tiene la gente de salir. Viajar, ¿no? La mayoría va, mira, y vuelve, ¿eso es viajar?

ÚRSULA: Supongo.

ANTONIA: No entiendo, te juro que no lo entiendo. Porque no es que me niego o que soy terca. Soy, pero te quiero decir que yo le doy oportunidades, me doy oportunidades, pienso, reflexiono, considero otras opciones y eso de irse lejos no lo pude entender nunca, no lo entiendo con el cuerpo.

ÚRSULA: Bueno, la gente viaja a... conocer. A ver cosas que no conoce.

ANTONIA: ¿Para qué?

ÚRSULA: Para verlas, para... conocer.

ANTONIA: Ya dijiste eso, pero ¿qué significa conocer? ¿Ver algo cinco minutos o media hora, un día o una semana entera, eso es conocer?

ÚRSULA: Bueno, no sé.

ANTONIA: No sabés porque eso no es conocer, eso es ver.

Conocer es apropiarse. Yo no necesito ver algo en vivo para conocerlo, prefiero imaginármelo. Creo, incluso, que el vínculo es mucho más profundo si le adjudicás atributos a las cosas, atributos que imaginaste vos, que son una combinación de algo del objeto *x*, la *Fontana di Trevi*, por ejemplo, y tu imaginación. O mejor: una combinación entre la *fontana*, lo que te contaron de la *fontana*, lo que viste de la *fontana* en alguna película y tu imaginación. Y algo que puedas haber leído, alguna descripción de la fuente en alguna novela.

ÚRSULA: No sé, a mí me gusta ver... Salir, tener impresiones.

ANTONIA: Tampoco viajás mucho que digamos.

ÚRSULA: Ahora no porque están ustedes. Pero con tu padre de jóvenes nos encantaba viajar. Siempre nos escapábamos a algún lado, aunque fuera cerca, un par de días, al Tigre o a acampar.

ANTONIA: A jugar al hombre primitivo.

ÚRSULA: A estar en la naturaleza. Te alejabas un par de kilómetros y ya estabas en medio de la nada.

ANTONIA: A que te piquen bichos.

ÚRSULA: A ver las estrellas, el cielo, sentir el olor del pasto, bañarse en algún arroyo, estar solos en la naturaleza.

ANTONIA: A que te piquen bichos y no puedas bañarte bien y comer mal y prescindir de todo lo necesario. Paso, no me interesa. Aparte, no estábamos hablando de vida en la naturaleza, estábamos hablando de conocer. Vas a pasar una semana en el Tigre y, ¿conocés el Tigre?

ÚRSULA: Más que si no fuiste nunca.

ANTONIA: Distinto. Yo prefiero que me cuentes. Aparte, en el Delta hay mucha humedad y muchos mosquitos. Estás encerrado en una isla, no te podés ir. Y si querés salir a

dar una vuelta, tenés que caminar en círculo. Es un espanto.

ÚRSULA: Yo no estoy tratando de venderte nada.

ANTONIA: Sí, un novio.

ÚRSULA: Yo lo que no quiero es que te quedes sola, Antonia.

ANTONIA: Están ustedes.

ÚRSULA: Pero somos familia.

ANTONIA: Justamente.

ÚRSULA: Yo te hablo de un compañero, alguien con quien compartir tu vida.

ANTONIA: Como vos.

ÚRSULA: ...

ANTONIA: Como vos que tenés un compañero.

ÚRSULA: Bueno yo tuve, muchos años tuve. Y ahora también tengo, aunque sea distinto... Y además los tengo a ustedes.

ANTONIA: Justamente.

ÚRSULA: ¿Justamente qué?

ANTONIA: Que nos tenemos. Si vos me tenés a mí y yo me consigo un, qué sé yo, un compañero, ya no me tenés más. No cierra, no tiene sentido, Uschi.

ÚRSULA: ¿Yo te hice así?

ANTONIA: No, me hice sola.

Piensa.

ANTONIA: Un poco y otro poco.

ÚRSULA: A mí me gusta como sos, me encanta, sos la persona más especial que conozco, de verdad, sos mi persona favorita... Junto con tu hermano, claro. Lo que yo digo y esto es lo último que te voy a decir es la pena que me da que no te conozca más gente, que no te des la oportunidad de

que te conozca más gente y de vivir más cosas, nada más.
Me llamo al silencio.

Antonia, resignada, dice algo que parece haber dicho infinidad de veces.

ANTONIA: No es una cuestión de cantidad.

ÚRSULA: Muta. Muzzarella.

ANTONIA: Por favor.

Se suma Lorenzo, con su libro en la mano. La madre se cambia frente a sus hijos, se prepara para salir.

LORENZO: ¿Y se van a casar?

ÚRSULA: ¿Quién?

LORENZO: Tu novio y vos.

ÚRSULA: No tengo novio.

LORENZO: ¿Y con quién salís?

ÚRSULA: Con un amigo. Augusto, lo conocen.

LORENZO: Pero te gustaría.

ÚRSULA: Qué.

LORENZO: Que se te declare.

ÚRSULA: ¡Pero no! Augusto es un tipo encantador pero es un amigo.

LORENZO: Pero podría dejar de serlo.

ÚRSULA: Pero no.

ANTONIA: ¿Por qué no?

ÚRSULA: Porque ya está, porque ya pasé por eso, ahora prefiero tener amigos, es mucho más barato.

ANTONIA: ¿Barato?

ÚRSULA: Económico. Menos trabajoso. Es como el amor pero menos engorroso. Más puro.

ANTONIA: Entonces me das la razón.

ÚRSULA: No. Te hablo de este momento de mi vida. Y habiendo pasado por lo otro. No me arrepiento de haber estado ahí.

LORENZO: ¿Dónde? ¿De qué me perdí?

ANTONIA: De compañerolandia.

ÚRSULA: Yo amé y fui amada. Yo viví el amor, viví el desamor, viví la enfermedad, viví el desarraigo, viví la muerte... Yo tuve a mis hijos, los tuve. Yo viví la reunión... Sí, señor, yo además viví la reunión. A mí no me faltó nada.

ANTONIA: A nosotros.

ÚRSULA: Pero ésa es mi vida. Ésta.

ANTONIA: La nuestra también.

ÚRSULA: Sí, pero no. Ese tipo de experiencias no son transferibles. Ustedes tienen que hacer su propio recorrido.

ANTONIA: Yo paso, gracias. ¿Vos pensás que el despecho no se palpa, no se respira?

LORENZO: Pun.

ANTONIA: ¿Qué? Estamos charlando.

ÚRSULA: Yo no me arrepiento de nada, hija.

ANTONIA: No, faltaba más.

ÚRSULA: Qué querés decir.

ANTONIA: Que más vale que no te arrepientas. Porque si encima de todo lo espantoso que te tocó vivir a tu pesar te maldijeras por algo de lo que hiciste...

ÚRSULA: No hay "espantoso", hija, es la vida.

LORENZO: Hay de todo en la viña del Señor.

ÚRSULA: Exacto, hay de todo en la viña del Señor. ¿Yo te transmití tanto temor? Eso sí que me duele, ¿ves? De eso me podría arrepentir.

ANTONIA: ¿Qué temor? No tengo miedo, basta con eso.

LORENZO: Yo la veo fuerte.

ANTONIA: Ya sé, porque soy fuerte.

ÚRSULA: Pero estás constantemente en carne viva, Antonia.

ANTONIA: ¿Qué carne viva? Eso es otra frase hecha, un prejuicio. Si yo estoy en carne viva, vos sufriste mucho y sufrís todo el tiempo y estás rota.

ÚRSULA: ¿Rota? ¿Qué es eso de rota? ¿Qué es, algo nuevo?

LORENZO: Basta, acá nadie sufre, somos así, yo las veo bien, sólo que se enroscan. No son tan complicadas las cosas.

Estás linda mamá. No te pongas más que te agrega años.

ANTONIA: No entiendo el maquillaje. Me parece algo tan feo.

ÚRSULA: Gracias, hijo. Estás agria, Antonia, diría que no me caés bien cuando te ponés así.

LORENZO: Vamos a tomar unos tragos, vamos a hacer noche de hermanos.

ÚRSULA: A mí no me esperen, yo vuelvo tarde.

LORENZO: ¿Te trae de vuelta?

ÚRSULA: Sí. Pero no me esperen, que vuelvo tarde. Aprovechen para charlar...

Los hijos, estáticos, la miran.

ÚRSULA: ¿Soy una mamá linda?

LORENZO: Sí.

ANTONIA: Sí.

Antonia afirma con la cabeza, casi a su pesar, pero no puede pronunciarlo. Podría llorar de dolor. Pero no va a hacerlo.

ÚRSULA: ¿Me aman?

Los hijos asienten.

ÚRSULA: ¿Ustedes me aman?

Lorenzo asiente. Úrsula va hacia su hijo y lo besa en la boca. Acerca su cara a la de Antonia y esta a punto de besarla pero no lo hace. Se va. Lorenzo se acerca a su hermana para abrazarla. Antonia no quiere, lo aparta de sí. Lorenzo la abraza en su contra, ella deja de resistirse. Entra Maximiliano. Presencia el abrazo, lo interrumpe. Silba a modo de saludo.

LORENZO: Él es Maxi, Maximiliano, de la parrilla.

Antonia va hacia la computadora, se aparta para recomponerse, pero no se va. Los amigos se saludan.

MAXIMILIANO: ¡Qué casa, caracol!, ¿Es tuya?

LORENZO: Sí. De nuestra madre. Y nuestra, sí.

MAXIMILIANO: ¿Y dónde está?

LORENZO: ¿Qué?

MAXIMILIANO: Tu mamá.

LORENZO: Salió.

MAXIMILIANO: Ah sí, la señora. Pero vive acá.

LORENZO: Sí. Es su casa.

MAXIMILIANO: Ah. Y ése es tu papá.

Maxi señala el cuadro. Antonia se ríe.

LORENZO: No. Ése es el padre de Frida Kahlo.

MAXIMILIANO: Ah.

LORENZO: Es un cuadro, una pintura.

MAXIMILIANO: Sí, me doy cuenta de que es una pintura.

LORENZO: Sí. Lo que te digo es que lo tenemos ahí como pintura, porque es una pintura, como cuadro.

MAXIMILIANO: Sí, ya entendí. Un cuadro. ¿Porque les gusta o por qué?

LORENZO: Lo traje mi mamá cuando nos vinimos de Méjico.

MAXIMILIANO: ¿Estuvieron en Méjico?

LORENZO: Somos mejicanos. Nacimos ahí.

MAXIMILIANO: ¿Qué, tu mamá es mejicana?

LORENZO: No, vivió ahí un tiempo.

MAXIMILIANO: Ajá, ¿y tu viejo?

Maxi vuelve a señalar el cuadro.

LORENZO: No.

ANTONIA: Igual este no es muy representativo. Por eso nos gusta. Por lo general se retrataba a ella misma.

MAXIMILIANO: No parece mejicano.

ANTONIA: Porque no es. Era húngaro. Wilhelm. Ella lo quería mucho. Era fotógrafo.

MAXIMILIANO: Se suicidó, ¿no? La pintora.

ANTONIA: ¿Frida? No, para nada. Se murió de un accidente que tuvo cuando era chica. Pasó toda la vida muriéndose.

MAXIMILIANO: Pensé que era una que se había suicidado.

ANTONIA: ¡No! Bah, aunque su muerte es un poco confusa algunos dicen que se tomó un cóctel de unas pastillas con morfina, contra el dolor, porque tenía el cuerpo partido en mil pedazos. Pero no es la versión oficial. Se cansó del dolor.

MAXIMILIANO: No, no sé nada de ella, ¿no es una medio hippie?

ANTONIA: ¿Hippie? ¿Lo decís por la ropa? Eso es ropa tradicional mejicana. Es ropa muy sofisticada, tejida en telar y bordada a mano.

MAXIMILIANO: No sabía, perdón. ¿Por qué tenía el cuerpo partido?

ANTONIA: Tuvo un accidente cuando era chica. Iba en trolebús.

MAXIMILIANO: ¿En qué?

LORENZO: Son como tranvías. Pasa que a mi hermana le gustan las palabras raras.

ANTONIA: No es rara, se llama así.

LORENZO: ¿Te interesa la historia? Mirá que es un poco macabra.

MAXIMILIANO: Sí, me interesa.

ANTONIA: Bueno, ella iba en el tranvía...

LORENZO: Trolebús, Antonia.

ANTONIA: Y un auto los embistió y a ella se le clavó un pasamanos por la ingle.

LORENZO: La empaló.

ANTONIA: La atravesó, sí. Casi muere. Fue un milagro que no muriera. Pero se hirió muy gravemente la columna vertebral y tuvo que someterse a infinitas operaciones a lo largo de toda su vida. Y estuvo enyesada y postrada varios años. Cada tanto recaía.

MAXIMILIANO: Pobre.

ANTONIA: No tan pobre, fue Frida Kahlo. Pintó todo lo que pintó, en su situación. Creo que tuvo una vida linda, más allá del sufrimiento físico. Tenía mucho sentido del humor. Tal vez eso la salvó.

MAXIMILIANO: ¿Ah sí?

ANTONIA: Sí. En algunos de sus cuadros, en muchos, ponía leyendas o nombres alusivos o explicativos y la mayoría son muy cómicos.

Antonia se acerca y le señala el retrato del padre de Frida Kahlo.

MAXIMILIANO (*Leyendo*): Pinté a mi padre Wilhelm Kahlo...

ANTONIA: Justo ésa no.

Antonia vuelve a la computadora. Lorenzo lee sentado en el banco esquinero.

MAXIMILIANO: ¿A vos también te gusta la pintura?

LORENZO: Sí pero no tanto como a mi hermana.

MAXIMILIANO: Cuando quieras vamos.

LORENZO: Sí, tranquilo. Me faltan veinte páginas. ¿Te molesta?

MAXIMILIANO: No, no, lee tranquilo.

Lorenzo le ofrece asiento con un ademán. Maximiliano se sienta.

MAXIMILIANO: Y ¿de qué es?

LORENZO: Es un barco ballenero que va persiguiendo a una ballena blanca, asesina.

MAXIMILIANO: De aventuras.

LORENZO: Sí.

MAXIMILIANO: ¿Y qué tal? ¿Bueno?

LORENZO: Sí, está bueno.

MAXIMILIANO: Y ella ¿qué hace?

LORENZO: ¿Antonia?

MAXIMILIANO: Sí, qué hace, a qué se dedica.

LORENZO: Preguntale.

MAXIMILIANO: No, no importa.

LORENZO: ¿Antonia!

Antonia se da vuelta.

MAXIMILIANO: No, que le preguntaba a tu hermano que qué hacías.

ANTONIA: De qué.

MAXIMILIANO: No sé, de tu vida.

ANTONIA: ¿Como de profesión decís?

MAXIMLIANO: Sí, no sé, qué hacés.

ANTONIA: Ah, nada.

MAXIMLIANO: ¿Cómo nada?

ANTONIA: Sí, nada. Así en los términos que me preguntás, nada.

MAXIMLIANO: ¿No trabajás?

ANTONIA: No.

MAXIMLIANO: Estudiás.

ANTONIA: ¿De ir a la Universidad decís?

MAXIMLIANO: Sí.

ANTONIA: Ah, no.

MAXIMLIANO: Algo harás.

ANTONIA: No, no creo en hacer.

MAXIMLIANO: ¿En qué sentido?

ANTONIA: En el de hacer. Hacer en sí. Algo, cualquier cosa. No creo en eso.

MAXIMLIANO: ¿Como trabajar?

ANTONIA: Por ejemplo. No entiendo para qué se hacen esas cosas. Trabajar, ir a la universidad, viajar, salir.

MAXIMLIANO: Algo harás... Estás ahí con la computadora. Hablás, hablás conmigo ahora por ejemplo.

ANTONIA: Son todas cosas estrictamente improductivas.

MAXIMLIANO: ¿Te parece?

LORENZO: Antonia no sale.

MAXIMLIANO: ¿No salís?

LORENZO: No le gusta salir de la casa.

MAXIMLIANO: ¿No sale de la casa?

LORENZO: No.

MAXIMLIANO: ¿No sale afuera?

LORENZO: No.

MAXIMLIANO: No va a la vereda digamos.

LORENZO: No.

MAXIMLIANO: ¿No querés salir?

ANTONIA: No sé, preguntáale a Lorenzo.

Lorenzo se incomoda y se va a terminar el libro al interior de la casa. Quedan solos. Después de un rato.

MAXIMLIANO: Disculpame, ¿se puede escuchar música?

ANTONIA: Sí, se puede.

MAXIMLIANO: ¿No te molesta que ponga un tema?

ANTONIA: No.

MAXIMLIANO: ¿Pero te dan ganas?

ANTONIA: Me da igual.

Maximiliano duda, no entiende.

MAXIMLIANO: ¿Preferís que hablemos?

ANTONIA: Bueno.

Maximiliano, perplejo. No sabe qué decir.

MAXIMLIANO: Qué lástima que no salís.

ANTONIA: ¿Por qué?

MAXIMLIANO: Porque sos linda.

ANTONIA: ¿En qué sentido?

MAXIMLIANO: No sé, para mí. Para mí sos linda.

ANTONIA: Bueno.

MAXIMLIANO: Sos una persona que podría ser normal, tener una vida... Normal. No sé, salir, conocer gente.

ANTONIA: Para qué.

MAXIMLIANO: Para conocer, hablar. Tener experiencias.

ANTONIA: No sé.

MAXIMLIANO: Te da miedo.

ANTONIA: ¿Miedo? No creo. No me interesa.

MAXIMLIANO: ¿Cómo sabés?

ANTONIA: Porque antes salía a la calle y después dejé de salir.

MAXIMLIANO: ¿Por qué?

ANTONIA: Porque no quise salir más. Me fui quedando acá adentro.

MAXIMLIANO: Pero no te mandan a un psicólogo o algo.

ANTONIA: Quién.

MAXIMLIANO: No sé, tu hermano, tu mamá.

ANTONIA: No, ellos me quieren.

MAXIMLIANO: Por eso.

ANTONIA: Así. Así me quieren. Yo soy así.

MAXIMLIANO: ¿Así como? Me parece que sos muy inteligente.

ANTONIA: Bueno.

MAXIMLIANO: En serio, me da pena, mucha pena que nadie te conozca.

ANTONIA: Por qué.

MAXIMLIANO: Porque es un desperdicio porque sos una persona linda. Inteligente y linda.

ANTONIA: ¿Desperdicio? No me gusta salir. No me gusta la gente en general. Me gustan mi hermano, mi mamá.

MAXIMLIANO: ¿Te llevás bien con tu mamá?

ANTONIA: No.

MAXIMLIANO: ¿Entonces? ¿Hay algo que yo pueda hacer para que te den ganas de salir, por ejemplo?

ANTONIA: No.

MAXIMLIANO: No hay nada, ya lo sabés.

ANTONIA: Es que no quiero salir. No me preguntes más así, por favor. Me molesta. Si querés podés venir y podemos hablar, pero de otras cosas. No de salir o de quedarse. Yo soy esto, soy así.

MAXIMLIANO: ¿Pero no te parece triste?

ANTONIA: ¿Triste? Para quién.

MAXIMLIANO: Para vos.

ANTONIA: No creo, yo triste no estoy. Si esto te parece triste es porque otra cosa te parece, no sé, ¿alegre? ¿Qué te parece alegre, qué te gusta hacer?

MAXIMLIANO: ¿A mí?

ANTONIA: Ajá.

MAXIMLIANO: No sé. Me gusta hablar con la gente, me gusta el tiempo libre.

ANTONIA: Entonces.

MAXIMLIANO: ¿Qué?

ANTONIA: Que me das la razón, te gusta el tiempo libre. Todo mi tiempo es lo que vos llamás libre.

MAXIMLIANO: Sí. Pero no. Me gusta el tiempo libre porque es libre porque el otro es ocupado.

ANTONIA: Y si el otro no está ocupado como decís, qué es.

MAXIMLIANO: No sé, ¿perdido?

ANTONIA: Perdido. ¿Cuál es el tiempo perdido, el que no trabajás?

MAXIMLIANO: No, ése es el libre.

ANTONIA: Ah, el perdido es el mío por ejemplo.

MAXIMLIANO: No sé. Puede ser.

ANTONIA: ¿Y qué sería no perderlo? ¿Ganar plata?

MAXIMLIANO: Aunque no sea ganar plata. Hacer algo, no sé, aunque sea algo que te guste a vos.

ANTONIA: A mí me gusta escuchar música. Estar con la computadora. Y leer. Y pensar. Y estar con mi mamá. Y con mi hermano también. Y ahora con vos. Después hago cosas de la casa y duermo. Y sueño. Eso hago con el tiempo.

MAXIMLIANO: Bueno, está bien.

Pausa.

ANTONIA: Maxi...

MAXIMLIANO: ¿Qué?

ANTONIA: ¿Cómo es tu día?

MAXIMLIANO: ¿Un día mío?

ANTONIA: Sí, contame un día tuyo.

MAXIMLIANO: Qué, ¿un día común?

ANTONIA: Un día de semana, por ejemplo.

MAXIMLIANO: No hago nada. Voy a trabajar y después vuelvo a mi casa o salgo.

ANTONIA: No, no. En detalle me tenés que contar, cada cosa que hacés.

MAXIMLIANO: ¿Todo todo?

ANTONIA: ¿A qué hora te despertás?

MAXIMLIANO: Ah, todo. Bueno, el despertador suena a las ocho y media y doy un par de vueltas más y vuelve a sonar a las nueve y ahí ya me levanto.

ANTONIA: ¿Todos los días?

MAXIMLIANO: Sí, todos. Menos los lunes que tengo franco. Lunes o martes, me lo van cambiando.

ANTONIA: Te levantás a las nueve.

MAXIMLIANO: Sí, me levanto.

ANTONIA: ¿Qué es lo primero que hacés ni bien te despertás?

MAXIMLIANO: Eh, y, ducharme en general.

ANTONIA: ¿Pero no hacés nada antes? ¿Te levantás de la cama y lo primero que hacés es meterte en el baño abajo del agua?

MAXIMLIANO: Ah, no. Lo primero que hago es prender la radio. Me levanto y ¡tac! Prendo la radio.

ANTONIA: ¿AM o FM?

MAXIMLIANO: FM. Prendo la radio y ya voy poniendo el agua para el mate. Voy a mear, espero que se haga el agua,

tomo unos mates y me meto en la ducha. No hago mucho más. Tomo mate, chequeo mails, me visto y a eso de las diez ya estoy saliendo.

ANTONIA: ¿No comés nada?

MAXIMLIANO: No, almuerzo a las once y media en la parrilla. Nos dan de comer ahí.

ANTONIA: Cierto. Seguí, seguí.

MAXIMLIANO: Trabajo hasta las cinco más o menos y ahí depende. A veces vuelvo para mi casa, otras voy a dar una vuelta o me encuentro con alguien. Los jueves voy a jugar al fútbol y después a comer con los de la parrilla... depende.

ANTONIA: ¿Y si volvés a tu casa después del trabajo?

MAXIMLIANO: Igual casi nunca vuelvo a mi casa enseguida.

ANTONIA: Bueno, pero si volvés.

MAXIMLIANO: Y, si vuelvo es porque estoy cansado, entonces me tiro a dormir o a mirar la tele y después me preparo algo para comer, o pido.

ANTONIA: Y de esas semanas, de esos días, ¿cuál es ese momento, ese tiempo que antes llamaste libre?

MAXIMLIANO: Y, a ver, cuando salgo del trabajo. Desde que salgo del trabajo hasta que vuelvo a entrar. Aunque la mañana no la cuento porque me levanto y ya me preparo para salir. Si me acosté muy tarde o borracho o algo, no hago ni lo del mate, y salgo, salgo a la calle medio dormido todavía.

ANTONIA: O sea que en tu tiempo libre te gusta estar en tu casa, mirando la televisión o durmiendo y eso es lo que disfrutás, eso es lo que te gusta hacer.

MAXIMLIANO: Sí, también. Otras veces salgo, lo que te decía.

ANTONIA: Y ¿qué encontrás cuando estás afuera y andás por ahí?

MAXIMLIANO: ¿Cómo qué encuentro?

ANTONIA: Sí, en tu tiempo libre, andar por la calle, qué es lo que te gusta de eso.

MAXIMLIANO: Ah. Y, a ver. No sé, pasar un momento agradable con alguien. Hablar de algo, tomar una cerveza, tal vez conectar. Caminar por ahí y ver la ciudad, a la gente. A veces te pasan cosas, raras, o te encontrás con alguien, de casualidad. A veces, no muy seguido. Pero si salís está esa posibilidad. O de conocer a alguien también, no sé.

ANTONIA: Conocé a mucha gente por la calle.

MAXIMLIANO: Bueno, no.

ANTONIA: A mí me conociste acá, por ejemplo. Acá adentro. Y yo te conocí acá también. Yo conozco gente acá. Y la gente que llega hasta acá por lo general ya viene invitada por mi hermano, mi mamá, por mí.

MAXIMLIANO: ¿Y ellos qué dicen?

ANTONIA: De qué.

MAXIMLIANO: De que no salís.

ANTONIA: Nada, saben. ¿Te preocupa mucho que no salga, te parece tan inquietante?

MAXIMLIANO: ¿Te digo la verdad?

ANTONIA: Por favor.

MAXIMLIANO: No lo puedo creer.

ANTONIA: ¿Por qué tanto?

MAXIMLIANO: Ni sabía que Lorenzo tenía una hermana.

ANTONIA: Qué tiene que ver, no le habrás preguntado. Si saliera probablemente tampoco hubieses sabido. Eso no tiene que ver con no salir. A mí me gusta estar acá. ¿Vos lo ves como un problema?

MAXIMLIANO: Creo que es un problema.

ANTONIA: ¿Quién dice?

MAXIMLIANO: Creo que un médico diría eso.

ANTONIA: Un psicólogo.

MAXIMLIANO: Por ejemplo.

ANTONIA: Depende de lo que estés esperando, en realidad.

MAXIMLIANO: ¿En qué sentido?

ANTONIA: Para vos estoy loca por estar acá adentro. Te parezco loca.

MAXIMLIANO: No, loca no me parecés.

ANTONIA: ¿Entonces?

MAXIMLIANO: Pero no es loca la gente que va al psicólogo. La gente, todos, tienen algún tema que resolver, algo que solucionar, algo que los angustia y van al psicólogo porque los ayuda a estar mejor, no sé.

ANTONIA: ¿Vos vas al psicólogo?

MAXIMLIANO: No.

ANTONIA: ¿Nunca fuiste?

MAXIMLIANO: No.

ANTONIA: ¿Y entonces?

MAXIMLIANO: Bueno, no sé, nunca necesité, nunca me sentí tan mal.

ANTONIA: ¿Y yo sí?, ¿yo sí me siento mal?

MAXIMLIANO: No sé, ¿te sentís mal?

ANTONIA: A veces, pero como cualquiera. No mal de resolver o de pensar que es un problema.

MAXIMLIANO: Bueno.

ANTONIA: ¿Yo te digo que tu vida es rara y que deberías ser de otra manera y de lo raro que me parecés porque trabajás todos los días en un mismo lugar y atendés gente y les das de comer sólo para sentirte lo suficientemente mal como para sentirte mejor después, cuando no estás trabajando? Yo no necesito ese contraste para poder soportar el tiempo. Soporto mi tiempo entero, todo, sin parar.

MAXIMLIANO: ¿Y de qué vivís?

ANTONIA: De la plata que gana mi mamá. Y de algo que trae mi hermano.

MAXIMLIANO: ¿Y eso no te hace sentir mal?

ANTONIA: ¿Qué?

MAXIMLIANO: Que tu hermano trabaje y vos no.

ANTONIA: No. Con lo de mi mamá alcanzaría para vivir. Y mi hermano trabaja porque quiere.

MAXIMLIANO: Pero aporta.

ANTONIA: Porque quiere. Me estoy aburriendo. Pensé que eras menos normal. Perdón.

Maximiliano cierra su campera como para irse. Antonia, espontáneamente, va hacia él y lo besa. Él se deja besar. Él le toca el pelo, ella se incomoda, se aleja.

ANTONIA: ¿El concepto cuco te dice algo?

MAXIMLIANO: ¿Cuco? ¿Como el cuco de los chicos?

ANTONIA: El cuco, sí, el del miedo.

MAXIMLIANO: Sí, qué pasa.

ANTONIA: ¿No lo sentís a veces?

MAXIMLIANO: ¿Al cuco? ¿Es una forma de decir?

ANTONIA: No, sí, es un agujero acá adentro.

Se señala las entrañas.

ANTONIA: ¿No lo sentís?

MAXIMLIANO: No sé, por ahí no lo llamo cuco. ¿Te referís a tener miedo?

ANTONIA: Es miedo. Pero también es algo más. ¿Ubicás?

MAXIMLIANO: No sé. Pero por qué me decís.

ANTONIA: No importa.

MAXIMLIANO: Sí, me interesa.

ANTONIA: Tiene que ver con lo que hablábamos antes.

MAXIMLIANO: ¿Con lo de no salir?

Antonia lo fulmina con la mirada.

ANTONIA: Te amo.

Silencio. Maximiliano se para.

ANTONIA: No. Mentira, mentira.

Antonia pone “La leyenda del hada y el mago”, de Rata Blanca. Va hacia Maximiliano y lo ausculta: le estudia la cara, cuenta sus lunares, le mira las manos, se las huele. Él intenta besarla, ella lo impide con un abrazo estático, le cancela los brazos con su propio abrazo, él accede, inmóvil. Ella va hacia su espalda, le levanta la remera, le recorre la espalda, cuenta los lunares. Vuelve a ponerse delante de él, le señala su nuca, él cuenta los lunares de ella, le suelta el pelo, a ella no le gusta pero lo permite, él la despeina, ella lo padece, ella se aleja, da por terminada la situación. Se reincorpora Lorenzo, va hacia su hermana con el libro, le lee el final de Moby Dick. Maximiliano queda suspendido en medio del espacio, ignorado.

MAXIMLIANO: Qué lindo.

Llega Úrsula.

ÚRSULA: Ay, ¡qué suerte que están vivos!

LORENZO: Despiertos, mamá. Qué suerte que estamos despiertos.

ÚRSULA: Sí, qué suerte.

LORENZO: Él es Maximiliano, de la parrilla.

ÚRSULA: Hola, ahora te saludo bien, bienvenido amigo de Lorenzo, ¿camarero también?

LORENZO: Trabaja en la barra.

MAXIMLIANO: Preparo tragos.

ÚRSULA: ¡*Barman!*, qué rico, qué divertido. ¿Y estudiaste para eso, tenés una especialidad, alguno que te salga particularmente bien, un favorito, uno muy solicitado?

MAXIMLIANO: El Bloody Mary me sale rico.

ÚRSULA: Con jugo de tomate, sí. A mí las bebidas con pulpa no me gustan mucho, no me caen bien, me parecen pesadas. Si quiero emborracharme no me dan ganas de tomar un licuado. Como ese trago, ¿cómo es ése que se usa ahora, que preparaste para mi cumpleaños?

ANTONIA: Daikiri.

ÚRSULA: Que es como un licuado de frutilla con alcohol.

LORENZO: Daikiri.

ÚRSULA: Daikiri, eso. Porque además la fruta fermenta con el alcohol y ¿qué pasa? Te emborracha muy fuerte, porque es dulce. ¿Se acuerdan cómo quedamos ese día?

LORENZO: Algunos quedaron peor que otros.

ÚRSULA: ¿Preparás daikiris, Maximiliano? Qué nombre imperial, Maximiliano.

MAXIMLIANO: De familia. Mi papá y mi abuelo se llamaban así. Sí, sale bastante. Lo piden mucho las mujeres.

ÚRSULA: ¿Qué cosa?

LORENZO: El daikiri, mamá, ¿de qué estamos hablando?

ÚRSULA: Me mareé. Traéle algo fuerte a tu madre, Lorenzo, traeme un digestivo.

ANTONIA: Yo también quiero.

LORENZO: ¿Maxi?

MAXIMLIANO: Dale.

ÚRSULA: Maxi. Claro, porque Maximiliano es muy largo. Pero es lindo, vale la pena decirlo entero.

ANTONIA: A mí no me gustan las bebidas con pulpa.

ÚRSULA: Si te gusta el daikiri... En mi cumpleaños tomó un montón.

ANTONIA: Porque los preparó Lorenzo. Y no había otra cosa. Pero no lo elegiría como bebida alcohólica.

ÚRSULA: Yo soy más de nombres largos, Lorenzo, Antonia; y de decirlos enteros, me gusta eso. Tomarme el tiempo para nombrar algo, las cosas.

ANTONIA: A tus hijos, por ejemplo.

ÚRSULA: Sobre todo a mis hijos.

Vuelve Lorenzo con cuatro copitas y la botella de alguna bebida de raíz.

MAXIMILIANO: Son lindos Antonia y Lorenzo, los nombres.

ÚRSULA: Lindos para decirlos enteros además, porque no son disminuibles.

LORENZO: ¿Disminuibles?

ÚRSULA: De diminutivo, sí, que no se dejan acortar. “Anton”, “Loren”, no funciona.

ANTONIA: A mí “Anton” me gusta.

ÚRSULA: Es horrible, hija.

ANTONIA: A mí me gusta.

ÚRSULA: Además, “Anton” podría ser de Antonella y Antonella es espantoso.

Lorenzo sirve la bebida.

MAXIMILIANO: Justo mi novia se llama Antonella.

ÚRSULA: ¿En serio?

MAXIMLIANO: Sí, en serio...

Momento incómodo.

MAXIMLIANO: No, mentira, mentira.

ÚRSULA: Mirá qué fresco éste, sos un fresco vos... Y si se llamaba así, qué problema había, tenías una novia con nombre feo y listo, qué problema nos íbamos a hacer.

Brindan.

ANTONIA: Entonces, ¿cómo se llama tu novia?

MAXIMLIANO: ¿La mía? No, no tengo.

ANTONIA: Dale, cómo se llama.

MAXIMLIANO: Sabrina.

ÚRSULA: Ése es lindo nombre también.

MAXIMLIANO: A mí no me gusta.

ANTONIA: Porque muy lindo no es.

LORENZO: No sabía que tenías novia.

MAXIMLIANO: Porque no tengo.

LORENZO: ¿Es la rubiecita del otro día? ¿La que te esperaba en la esquina de la parrilla?

MAXIMLIANO: Sí, sí, ¡pero no es mi novia!

Silencio incómodo.

MAXIMLIANO: ¿Y de qué es esto exactamente?

ÚRSULA: Esto es Palinka, es una bebida húngara. Es a base de raíces y de hierbas. Es muy sano.

Maximiliano prueba.

MAXIMLIANO: Y tiene bastante alcohol.

ANTONIA: No es Palinka esto, el Palinka es de frutas.

Los hermanos hacen fondo blanco y van por más.

MAXIMLIANO: Hungría. ¿Usted es húngara?

ÚRSULA: De familia. Úrsula Cabjolski es mi nombre de soltera. Mi padre vino en el 23, en el...

LORENZO: *Caligaris*.

ÚRSULA: ¿Lo querés contar vos, Lorenzo?

LORENZO: No.

ÚRSULA: En el *Gran Caligaris*, sí, de niño, después de la Primera Guerra, a buscar suerte. Theodor Cabjolsky.

MAXIMLIANO: Húngaros.

ÚRSULA: Húngaros. Muy trabajadores. Se deslomaron trabajando acá. Tenía un comercio de lápices, importaban artículos de librería. Hasta que los empezaron a fabricar acá. Y tinta, también cocían, para lapiceras y sellos, en la época en la que se usaba la tinta.

LORENZO: Como verás, mi mamá está un poco enamorada de su padre.

ANTONIA: ¿Cómo te fue hoy, Uschi?

ÚRSULA: Con qué cómo me fue.

ANTONIA: En tu cita, cómo te fue.

ÚRSULA: ¿Qué cita, hija? Fui a comer.

ANTONIA: Bueno, y cómo te fue.

ÚRSULA: Bien, muy bien me fue. Fuimos a un bolichito muy lindo, de especialidades en pescado. Trabajan sobre todo pescado de río. Muy rico todo, muy bien preparado. Y ustedes, ¿qué hicieron? ¿Comieron algo? ¿Estuvieron charlando?

LORENZO: Acá, como nos ves. Charlando un poco, escuchando música, eso.

ÚRSULA: ¿Le ofrecieron algo de comer a este muchacho?
MAXIMLIANO: Sí, pero no quiero nada.
ÚRSULA: Pero le ofrecieron.
MAXIMLIANO: Sí, sí, pero ya estaba lleno.
ÚRSULA: ¿Y de qué charlaron, che?
LORENZO: De tu familia.
ÚRSULA: ¿De mi familia? ¿Qué de mi familia?
LORENZO: De los orígenes, de los húngaros.
ÚRSULA: ¿De los húngaros? ¿Y por qué hablaban de eso?
LORENZO: Por Maxi, por el cuadro, porque preguntó y quería saber y yo le conté un poco, eso.

Incomodidad de Maximiliano.

ÚRSULA: ¿Ah, sí? ¿Y vos de qué origen sos?
MAXIMLIANO: Italiano. Y español. Vasco. Por parte materna.
ÚRSULA: Vasco, se te nota. ¿Qué apellido?
MAXIMLIANO: Casas.
ÚRSULA: Ah, no.
MAXIMLIANO: Sí, no, la familia de mi mamá es del País Vasco. Pero ya de tercera generación.
ÚRSULA: Claro. Sabés que no conozco el País Vasco pero debe ser maravilloso.
MAXIMLIANO: Ni idea, dicen que sí. Parece que es muy verde.
ÚRSULA: Verde, claro, si es el jardín de España. Y el euskera... El euskera.
MAXIMLIANO: ¿Cómo?
ÚRSULA: La lengua, el euskera, que es algo tan particular...
MAXIMLIANO: Ah, sí, sí.
ÚRSULA: Porque es un idioma cuyas raíces no se parecen a las de ninguna otra lengua, es muy extraño eso, ¿vos hablás vasco?

LORENZO: ¿Cómo va a hablar vasco, mamá?

MAXIMILIANO: No, la verdad que no. Un poco de inglés y gracias.

ANTONIA: ¿Por qué la están delirando?

LORENZO: ¿A quién?

ANTONIA: A mamá. Te están diciendo cualquier cosa, mamá, ni hablamos de eso, de tus orígenes. Hablamos de por qué yo no salgo, después éste se fue a leer, él me beso y después escuchamos música, ¿por qué le dicen cualquier cosa? ¿Qué, son graciosos?

ÚRSULA: Bueno, Antonia, tampoco es para que te pongas así, es una broma de los muchachos, qué poco sentido del humor.

ANTONIA: Te estoy defendiendo a vos, mamá.

ÚRSULA: Pero yo no necesito que me defiendan y mucho menos cuando nadie me está atacando.

ANTONIA: Ah, entonces yo no entiendo nada.

ÚRSULA: Yo solamente te quiero proteger, hija.

ANTONIA: ¿Vos a mí?

ÚRSULA: Eso intento.

ANTONIA: Así me protegés.

ÚRSULA: Como puedo.

ANTONIA: Gracias, Úrsula, me hacés muy bien.

ÚRSULA: A mi hija le falta la cáscara.

LORENZO: No digas lo de la cáscara, mamá. Es patético.

Maximiliano querría irse.

ÚRSULA: Tu hermana es demasiado blanda para este mundo o por lo menos para esta ciudad.

LORENZO: No hables de ella como si no estuviera.

ÚRSULA: Hablo de ella como si estuviera porque en esta casa no hay secretos y acá las cosas importantes se hablan, se discuten.

LORENZO: No cuando hay otra gente, Úrsula, te pido por favor. Esta situación es patética.

ÚRSULA: Yo no tengo nada que ocultar.

ANTONIA: Eso es lo lamentable.

ÚRSULA: Lo que me consuela es que te vas a tener que sopor-
tar a vos misma cada segundo de tu vida.

LORENZO: Úrsula, basta.

La madre lo imita.

ÚRSULA: “Úrsula, basta. Úrsula, basta. Úrsula, basta”. ¿Basta
quién? ¿Quién da las órdenes acá? ¿Vos sos “Lorenzo, el
justo”, “Lorenzo, el justiciero”? ¿El capitán Old Navy da
las órdenes en esta casa, señores? Se te cumplió el plazo,
“Lorenzo justicia”, ¿hablaste con tu hermana? ¿Te contó?

*Lorenzo le sigue sosteniendo la mirada a su madre, cada vez
con más violencia, dándole la oportunidad de retractarse, de
arrepentirse.*

LORENZO: ¿Qué, mamá?

ÚRSULA: Que te vas.

LORENZO: ¿A dónde?

ÚRSULA: A vivir a España, pronto, solo, que ya lo tenés todo
planeado, que tenés el rollito de euros en la media, que
te vas a probar suerte, a hacer la América, Dios sabe qué
te vas a hacer...

*Lorenzo pierde el control, besa a su madre, como si le diera un
golpe. Después va hacia su hermana; Antonia ni se mueve, lo
ignora. No va a volver a mirarlo.*

LORENZO: Nena, Puni, no es cierto lo de España, es mentira. Es algo que le decía a mamá para que ella se independizara, para que hiciera su vida, pero yo no me voy a ir de acá, no me quiero ir de acá. No tengo plata suficiente, ni siquiera me alcanza para el pasaje y tampoco querría, ni siquiera querría. Era algo entre ella y yo, algo que le empecé a decir para que se independizara, ¿entendés? Para que hiciera su vida. Pero yo no me quiero ir, no me voy a ir.

ANTONIA: ¿Por qué no?

LORENZO: ¿Justo vos me lo preguntás?

ANTONIA: No somos la misma persona. Si fuera vos, yo me iría.

MAXIMLIANO: Yo me voy.

LORENZO: ¿Ya?

MAXIMLIANO: Y, sí.

ANTONIA: No, quedate.

MAXIMLIANO: ¿Te parece?

ÚRSULA: Quedate, Maximiliano.

MAXIMLIANO: ¿Seguro?

ANTONIA: Sí.

LORENZO: Pun...

ÚRSULA: ¿Para que yo me independice? ¿Quién es esta gente? ¿Qué hacen en mi casa?

LORENZO: Pun, en serio te digo lo de España.

ANTONIA: No quiero hablar. Y no quiero escuchar tampoco. No te enojés.

Antonia se para, se aleja de Lorenzo y se acerca a Maximiliano.

ANTONIA: ¿Conocés a Marco Antonio Solís?

MAXIMLIANO: No sé, ¿es éste?

Antonia vuelve a poner la canción “No hay nada más difícil que vivir sin ti”. Lleva a Maximiliano hasta la computadora y lo pone a ver el video del recital de Marco Antonio Solís. El hermano queda suspendido en el espacio. Antonia se va a sentar con su madre al banco. Ellas lloran, el hermano está arrasado, Maximiliano mira el video. Antonia ya no vuelve a mirar a su hermano.

Escuchan la canción hasta que termina.

*

En la pintura “Recuerdo”, Frida se retrata a sí misma vestida con una chaquetita de cuero de vaca que usaba cuando estuvo separada de Rivera, en su contra, porque él desaprobaba la vestimenta tipo europeo.

La Frida de la pintura lleva esa chaqueta, agujereada a la altura del pecho. Donde debería estar el corazón hay un agujero, atravesado por un palo. A través de su pecho, atrás, el cielo y algunas nubes. El órgano extirpado, en la arena, pierde sangre. Parte de la sangre va tierra adentro, otra corre hacia el mar. Se pudre solo, tan grande.

El corazón, así, lejos de ella, ya no significa nada.

ALGO DE RUIDO HACE

“Esto, y lo que ignoramos, ayuda a comprender lo unidos que fueron. Malquistarse con uno era contar con dos enemigos.”

Jorge Luis Borges, “La intrusa”.

I. Música

Miramar. El salón de una casa señorial. Dos hermanos de clase alta, bien vestidos y simbióticos. Es otoño. En otoño, junto al mar, hace frío. El Colo escribe en su cuaderno. Nacho escucha música.

COLO: ¿Podés bajarla un poco?

NACHO: Ahí no te molesta, más abajo es apagado.

COLO: No me puedo concentrar así, la tengo en la oreja.

NACHO: Correte un poco, entonces.

COLO: No me quiero correr, yo estaba acá primero. Y además me puse a hacer algo concreto.

NACHO: ¿Qué tiene que ver? Vos hacé lo que quieras, yo no te digo nada, yo sólo pongo un poco de música.

COLO: Sí, pero sabés que no me puedo concentrar así.

NACHO: No puede ser que porque vos estés haciendo algo yo no pueda estar haciendo otra cosa al mismo tiempo, no es así.

COLO: Hacé lo que quieras que no haga ruido, Nacho. Leé si querés. O andá afuera.

NACHO: No quiero ir afuera, quiero escuchar música. El que se tendría que ir sos vos. Si tenés tantas ganas de escribir, andá arriba. Acá es para estar.

El Colo soporta unos segundos más, después se para a bajar el volumen. Nacho también se pone de pie. Bajan el volumen,

suben el volumen. Nacho le hace una toma violenta al hermano y apaga la radio. El Colo vuelve a su cuaderno.

COLO: Nacho, en la casa de Rumipal, ¿las camas estaban al lado o una arriba de la otra?

NACHO: ¿Qué?

COLO: Nuestras camas, ¿eran cucheta o estaban al lado?

NACHO: No sé. Creo que primero cucheta y después las serrucharon. Porque era muy bajita. Creo.

El Colo ya no lo escucha, se pone a anotar en su cuaderno.

NACHO: ¿El pulóver te lo vas a poner o lo tenés por tenerlo?

COLO: ¿Por?

NACHO: Voy a ir al centro. ¿Me lo das?

COLO: Cuando vayas te lo doy.

NACHO: Voy ahora. Ahora voy a ir.

El Colo no se resiste mucho. Está concentrado. Se saca el pulóver. Nacho se saca lo que tiene puesto y se lo pasa. Se cambian. Coreografía de pulóveres, lo hacen en espejo.

NACHO: ¿Éste va adentro o afuera?

COLO: Adentro. (Ayuda al hermano a ponérselo.)

II. Mariana

Ellos y la prima entran caminando. Coreográfico. Ellos se detienen y giran. La miran. Están incómodos.

MARIANA: Están iguales.

Ellos se miran la ropa.

MARIANA: Como más grandotes, pero iguales.

Ella da una vueltita por ahí. Mira para arriba por la escalera.

MARIANA: No cambiaron nada.

Silencio.

MARIANA: Les quería pedir disculpas por no haber podido venir antes. La verdad es que no pude.

La miran.

MARIANA: No fue fácil para mí, bueno, para nadie, menos para ustedes, me imagino, pero ustedes ya estaban acá, yo estaba en un momento muy delicado de mi vida, la verdad que no pude arrancar.

Silencio.

MARIANA: Tampoco me estaba llevando muy bien con mi mamá y cuando me dijo de venir, yo no quise venir con ella, me imaginé el viaje en auto con ella hasta acá y la verdad que no pude. Me estaba separando, tenía la cabeza en otra cosa. Me pegó mucho. La verdad es que en el fondo me dieron ganas de morirme también.

La miran.

MARIANA: ¿Ustedes cómo están?

NACHO: Bien.

COLO: Bien, sí.

MARIANA: Qué bueno. Claro, lo bueno es que se tienen entre ustedes, eso es bueno. Yo la pasé muy mal. Estuve muy sola, pero sola sola, eh.

NACHO: ¿Por qué no viniste?

MARIANA: No sé, no pude, lo que te acabo de decir, no estaba bien.

Silencio.

MARIANA: Están lindos, eh. Estás lindo, Colo. Creciste mucho.

NACHO: Él es el Colo.

MARIANA: ¿En serio? Están iguales. Es que están iguales. No sos más colorado vos.

NACHO: Un poco.

COLO: Un poco, sí.

Silencio.

NACHO: ¿Viniste de paseo?

MARIANA: No, no sé, me voy a quedar unos días. Quería verlos.

Me puedo quedar acá, ¿no? Les quise avisar, pero no me podía comunicar. ¿No atienden?

NACHO: No suena.

COLO: Nos podrías haber avisado.

MARIANA: Les quise avisar, pero no me podía comunicar.

El Colo se puso a revisar el cuaderno. Lo deja.

COLO: Mariana se vestía horrible de chica.

MARIANA: ¿Cómo?

COLO: Que te vestías horrible de chica.

MARIANA: Bueno, no me vestía yo. Me vestían. A todos nos vestían. Yo no elegía. A vos también te vestían.

COLO: Sí, pero yo me negaba. A mí no me ponían cualquier cosa, yo decidía. No me daba todo lo mismo.

MARIANA: Bueno, qué sé yo, a mí me parece que ustedes tampoco se vestían bien, y no estoy diciendo nada.

COLO: Ella era la chiquita, ¿no?

NACHO: Sí. La hija de la tía Maruca.

El Colo lo mira.

NACHO: La pelirroja, la tía pelirroja.

COLO: Ah, sí.

MARIANA: Ustedes también se vestían bastante mal, y bastante feos que eran. Mirá cómo te ponés el jersey, Ignacio.

NACHO: ¿El qué?

MARIANA: El jersey.

NACHO: ¿Esto? Es un Bremer

MARIANA: Bueno, va afuera.

Silencio.

NACHO: ¿Te vas a quedar muchos días?

MARIANA: No sé, un par. Lo que necesite. Me puedo quedar acá, ¿no?

Los chicos se miran.

NACHO: ¿Acá? No... No hay lugar.

MARIANA: ¿No me puedo quedar arriba?

NACHO: ¿Arriba? No, habría que correr un montón de cosas.

COLO: ¿Viniste de vacaciones?

MARIANA: Más o menos. No. En realidad quiero ver de alquilar algo.

COLO: ¿Algo como qué?

NACHO: Yo te puedo llevar. Te puedo llevar a ver. Hay de todo, acá: departamentos, casitas, dúplex. Nuevos o viejos, no sé, depende de lo que estés buscando. Hay unos más baratos tierra adentro y otros que dan al mar, pero son más caros.

MARIANA: No sé. Tengo setecientos pesos. Quiero señalar algo y después veo. Me quiero ir de Buenos Aires.

COLO: ¿Setecientos pesos?

MARIANA: Ajá.

COLO: ¿Los tenés acá?

MARIANA: Sí.

COLO: ¿Me los mostrás?

MARIANA: ¿Qué?

COLO: Si me los mostrás.

MARIANA: ¿Para qué los querés ver?

COLO: Quiero verlos, quiero verlos todos juntos.

MARIANA: ¿En serio? ¿Para qué querés verlos? Te digo que los tengo.

COLO: Quiero verlos, quiero verlos todos juntos, hace mucho que no veo setecientos pesos todos juntos.

MARIANA: Bueno.

Amaga a sacarlos. Saca la billetera, pero se arrepiente a último momento.

MARIANA: Para qué te voy a mostrar los setecientos pesos, si te estoy diciendo que los tengo, los tengo y punto. No entiendo para qué los querés ver.

COLO: ¿Qué tiene? Sólo quiero verlos.

El Colo atina a revisarle la cartera y ella lo aparta de un golpe. Nacho reacciona y la toma del brazo, violentamente.

NACHO: Tenés que estar más tranquila vos.

Momento de tensión. El Colo duda unos segundos, agarra su cuaderno y se pone a anotar. Ella ríe para descomprimir.

MARIANA: Pasa que como me tocó las cosas...

NACHO: Tenés que estar más tranquila vos. Vamos a dar una vuelta.

MARIANA: Más tarde, estoy medio muerta. Quiero descansar un rato. ¿No me subís las cosas?

NACHO: Ahora te las subo.

Nacho deja el bolso sobre el sillón. Silencio.

MARIANA: Che, ¿y ustedes no hacen nada? ¿No trabajan?

NACHO: Sí, yo viajo. Soy comisionista. Viajo todos los fines de semana.

MARIANA: ¿A dónde?

NACHO: A Mar del Plata. Viajo a Mar del Plata todos los fines de semana.

MARIANA: ¿Qué? ¿Y llevás cosas?

NACHO: Sí, llevo y traigo.

MARIANA: ¿Y vas todos los fines de semana?

NACHO: Casi todos, sí. Algunos no, algunos me quedo acá.
¿Vos qué hacés?

MARIANA: De todo, hice de todo. El último trabajo, el que dejé ahora, era en el aeropuerto, en Ezeiza, ¿conocen? Estaba trabajando ahí. Pero renuncié y con lo que me pagaron que me debían me vine, bah, me quería ir a la mierda.

NACHO: Cuando estuvo tu mamá dijo que trabajabas de...
¿de qué era, Colo?

COLO (*Revisa en su cuaderno*): De traductora.

MARIANA: ¿De traductora?

NACHO: Sí, de traductora, por el tema del inglés.

MARIANA: Ah, sí, no, pero no era de traductora, era esto del aeropuerto. Sí, utilizás mucho el inglés, pero no es en sí un trabajo de traductora traductora.

COLO: ¿Por qué dejaste?

MARIANA: No aguantaba más. Seis años trabajé ahí. No era malo el trabajo, pero todo el tiempo estás viendo gente que viaja, que va y viene y vos estás ahí, con tu uniforme y vas y venís de tu casa nada más... No sé, me cansé. Y además mi novio trabajaba ahí también, bueno, mi ex novio, y me hacía mal verlo todos los días. Así que me fui. No sé, tengo que ver. Quiero cambiar de aire, no sé, de vida. Por ahí me quedo acá.

NACHO: ¿Acá?

MARIANA: Sí, no acá acá. Acá en la costa.

NACHO: Ah, sí. Qué bueno. Es lindo acá. Tranquilo.

COLO: ¿Por qué te peleaste?

MARIANA: ¿Con quién?

COLO: Con tu novio.

MARIANA (*Se queda pensando unos segundos*): No sé, no entendí muy bien. Creo que dejó de quererme, algo así, pero para mí que no fue eso. No sé.

COLO (*Interrumpiendo*): ¿No te ibas al centro vos?

NACHO: Ahora voy.

COLO: Si no, dame el suéter.

NACHO: Ahora voy, Colo.

MARIANA: Les quiero poner un tema que venía escuchando que me hace pensar un poco en esto, en tratar de estar bien a pesar de todo, en no dejar que la persiana se cierre y chau...

NACHO: ¿Qué es, internacional?

MARIANA: Sí, creo que sí, pero es en castellano éste.

NACHO: ¿Cómo se llama?

MARIANA: “Llévame la vida”.

NACHO: Nosotros teníamos un disco.

MARIANA: ¿Ah, sí?

Mientras Mariana y Nacho hablan acerca de la canción, el Colo sigue insistiendo con lo del suéter. Nacho va y viene. Empieza a sonar “Better Man”, de Robbie Williams, en español. Se sientan en el sillón, se quedan escuchando. Ella está como arrasada, entre sus primos. Se quedan así. Nacho se aleja, el Colo la besa, Nacho no lo ve. Mariana se para, apaga la música.

MARIANA: ¿No tienen novias?

COLO: Yo no tengo.

NACHO: Yo no tengo.

COLO: Él sí tiene.

MARIANA: Seguís con... ¿cómo se llamaba?

NACHO: No.

COLO: Grachi.

MARIANA: ¡Grachi! Eso era. ¿Seguís con ella?

COLO: Sí.

NACHO: No, más o menos. Ahora no nos estamos viendo mucho.

MARIANA: Necesitan novias. A ustedes les hace falta coger. ¿No cogen?

COLO: Yo no necesito. Yo estoy bien así. Éste es el alzado.

NACHO: ¿Qué decís?

MARIANA: ¿No necesitás vos? Qué lástima. ¿No te gustan las chicas?

NACHO: Él se las arregla solo.

COLO: Callate vos. Vos porque a esa chica le hacés lo que querés. Él no la quiere, la usa. Le hace unas cosas horribles. Un día te va a agarrar el padre, si te agarra el padre, vas a ver que las cosas se van a poner feas... Te va a llevar al bosque...

NACHO: ¿Qué decís?

MARIANA: ¿Qué le hace?

NACHO: Pensá bien lo que vas a decir, Juan, pensalo bien.

MARIANA: ¿Qué le hace?

NACHO: Juan... A vos no te gusta estar solo. No te gusta estar solo, Juan. No le gusta estar solo. Cuando me voy a Mar del Plata se la pasa todo el fin de semana andando en bicicleta por la interbalnearia sin parar. Eso si no me lo llevo. No le gusta estar solo.

COLO: No es cierto. Ando en bicicleta porque me gusta, me gusta andar en bicicleta. Nacho, sabés que me gusta andar en bicicleta.

COLO: Sí que te gusta.

MARIANA: ¿Qué le hacés a la piba esa vos?

NACHO: Nada, es una pavada.

MARIANA: ¿Qué le hace, Colo? ¿No me vas a contar?

COLO: Nada le hace.

MARIANA: ¿No te gustan las chicas, Colo?

COLO: Sí me gustan.

MARIANA: ¿Y por qué no tenés novia, entonces? O novio, o algo,
no sé.

COLO: Estoy esperando.

MARIANA: ¿Qué estás esperando? ¿El amor?

COLO: No sé.

MARIANA: ¿Te querés enamorar?

No responde. Mariana toma su cartera y sube las escaleras.

MARIANA: Ay, perdón, pero me dan un asco...

Ellos la siguen con la mirada.

III. Literatura en sí

Es el día siguiente. Mariana en el sillón. Lleva otra ropa. El Colo escribe. Ella está terminando de tomar algo de una taza. Lo mira escribir. El Colo se detiene y la mira.

COLO: Mariana, ¿vos te acordás si en la casa de los abuelos en Rumipal...? ¿Te acordás si las camas eran cucheta o estaban una al lado de la otra?

MARIANA: ¿Cómo?

COLO: Si en Rumipal las camas eran cucheta o estaban una al lado de la otra.

MARIANA: ¿En qué habitación? ¿En la blanca o en la verde? Yo dormía más en la verde.

COLO: No sé, la de más al fondo.

MARIANA: Sí, la verde.

COLO: Sí.

MARIANA: ¿Qué pasa con eso?

COLO: Si las camas eran cucheta o estaban una al lado de la otra.

MARIANA: No, había una cucheta, o sea, eran dos cuchetas y después ponían otra en el medio, que era más como catre, que sacaban de debajo de las cuchetas. Eso cuando estábamos todos. Ahí dormías vos.

COLO: Sí, yo dormí ahí, por eso no sabía bien, me acuerdo que una vez se me cayó Nacho encima, de arriba, en la

mitad de la noche y que yo me asusté muchísimo. Pero no sabía, no estaba seguro si lo había soñado o qué, porque estaba muy dormido. Nacho me dijo que cree que las serrucharon.

MARIANA: Sí, no, ésas eran las de la otra habitación, las de la blanca. Ésas las serrucharon. Para los tíos. ¿No es la de arriba? ¿No es en la que estoy durmiendo yo?

El Colo la mira y vuelve a escribir en su cuaderno.

MARIANA: Yo creo que sí.

Pausa.

MARIANA: ¿Y qué anotás todo el tiempo, Colo? ¿Anotás lo que te dije?

COLO: No.

MARIANA: ¿Y qué? ¿Es como un diario íntimo que tenés? ¿Escribís lo que hacés?

COLO: No.

Pausa. Ella se le acerca.

MARIANA: ¿Siempre escribís o es algo nuevo?

COLO: Siempre.

MARIANA: ¿Qué son, pensamientos?

COLO: No sé.

MARIANA: ¿Literatura en sí?

COLO: No sé.

MARIANA: ¿No sabés o no me querés decir?

COLO: No sé.

MARIANA: ¿Por qué querés saber lo de Rumipal?

COLO: Porque no retengo. Para retener. Porque si me lo dicen lo sé en el momento pero después me olvido. Y es como si nunca me lo hubieran dicho. Entonces anoto.

MARIANA: A ver, ¿me mostrás?

COLO: No.

MARIANA: Dale, Colo, yo te puedo ayudar. Tengo muy buena memoria. Me acuerdo de casi todo. Las mujeres tenemos mejor memoria, sobre todo de la infancia. ¿Sabías eso?

COLO: No.

MARIANA: Dale, leeme algo. Vos dormías en el medio porque te daba claustrofobia la cucheta, no soportabas tener a otro encima. Arriba no te gustaba dormir porque te daba vértigo. Por eso te tocaba el catre, ahí te sentías protegido. Y tenías control sobre todo. Eras el primero en despertarte a la mañana y no hacías ruido. Salías sigiloso, abrías la puerta sin hacer nada, nada de ruido, y salías al parque, salías a jugar por ahí y después más tarde, hacia el mediodía, te encontrábamos dormido debajo de un árbol o algo así. Te encontrábamos jugando. Eso pasaba casi siempre. Salíamos a jugar al bosquecito y te encontrábamos dormido por ahí. Aníbal tenía que tener cuidado de no pisarte con el tractor.

COLO: Aníbal.

MARIANA: Andaba con cuidado a la mañana, porque sabía que podías estar tirado por ahí, entre las ramas, como un animalito. Como un animalito.

COLO: De eucalipto.

MARIANA: ¿Qué?

COLO: Que las ramas eran de eucalipto.

MARIANA: Ah. No te aprendías nuestros nombres, nunca pudiste retener nuestros nombres y nos decías, nos llamabas por alguna marca, algún apodo que nos ponías, la rubia, la

morocha, el alto, el flaco, la grande, la chiquita. Y a él, hermano. A él le decías mi hermano. ¿Lo viste a mi hermano?

COLO: Mi hermano.

MARIANA: Se fue al arroyo con María. ¿Cuál es? ¿La grande o la chica? La grande, te decía, y te ibas corriendo, a buscarlos. Te ibas a buscar a tu hermano. Tu hermano siempre estaba en alguna cosa...

COLO: Nacho.

MARIANA: ...trepado a la punta más alta de un árbol o descubriendo cuevas o lugares secretos o cazando culebras, para disecarlas, o atrapando ranas, para llevarlas a pasear de una correa, hasta que murieran. Te llevaba a vos también, siempre te llevaba detrás. Ibas como pegado. Qué cercanos que son, decía la tía siempre, qué cercanos que son. Qué raro lo de cercanos, no sé por qué diría lo de cercanos pero decía yo los eduqué para que fueran así, eso decía, que los hermanos tenían que estar juntos siempre y que qué linda familia habían formado ellas que no habían tenido una linda familia, eso le decía a mamá. Ella estaba contenta. Contenta de ustedes, contenta de que no se separaran. Se murió la abuela y ellas se echaron a perder, eso es lo que pasó. Se apagaron. Eso pasó. Se deprimieron. Pasa que mi mamá salió. La tía no, la tía quedó ahí. Eso es lo que pasó, se deprimieron. ¿Me mostrás, Colo?

El Colo duda mucho, la mira fijo. Finalmente niega con la cabeza y vuelve a escribir. Ella se aleja, resentida.

MARIANA: ¿Ustedes se quedaron medio traumados, no?

El Colo la ignora.

MARIANA: ¿Quién la encontró? ¿Vos la encontraste?

El Colo la mira.

MARIANA: ¿La encontraste vos?

El Colo la mira.

MARIANA: ¿Me entendés cuando te hablo, Juan? ¿Fuiste vos el que la encontró?

El Colo la mira.

MARIANA: ¿Qué pasa? ¿Es por la bata?

IV. Para empezar de nuevo

Nacho de pie con una bolsa de pan. Come, la mira. Mariana en el sillón. Hojea una revista.

NACHO: ¿Seguro que no querés?

MARIANA: Seguro. Nunca como a la mañana. Menos harinas.

Qué lástima que no me avisaste que ibas al centro, tenía que hablar por teléfono.

NACHO: Pensé que dormías.

MARIANA: No, estoy despierta desde que hay luz. No tiene cortinas esa ventana. No bajé para no molestar. ¿Por qué duermen en el living?

NACHO: Es el único cuarto que se oscurece.

MARIANA: Ah. ¿Acá no tienen teléfono, no?

NACHO: Sí.

MARIANA: ¿Puedo usarlo?

NACHO: No. No tiene batería.

MARIANA: ¿Cómo hacen ustedes? ¿No necesitan el teléfono?

¿Vos no necesitás el teléfono para trabajar?

NACHO: Hay un semipúblico sobre la ruta.

MARIANA: Ah, voy a ir ahí ahora.

NACHO: No anda.

MARIANA: ¿Cómo sabés?

NACHO: Acabo de pasar por ahí.

MARIANA: No te puedo creer. ¿Y qué mierda hago? ¿Cómo se comunican ustedes?

NACHO: Hay un locutorio en el centro. Si querés después te acompaño. Y de paso vemos lo de los departamentos.

MARIANA: Dale.

Silencio.

MARIANA: Che, ¿no puedo dormir acá con ustedes hasta que me vaya?

NACHO: ¿Por qué?

MARIANA: No sé, no dormí muy cómoda ayer. No estoy acostumbrada a dormir con tanto silencio. Y la luz, yo siempre duermo con la persiana baja, bien a oscuras. Con la luz de la luna se veía todo. Estuve mil horas hasta dormirme.

NACHO: ¿Eso lo sacaste del armario?

MARIANA: Ah, sí, era de la tía, ¿no? Me lo acuerdo de Rumipal. Siempre se lo envidié. ¿No te molesta que lo use, no?

NACHO: No.

Nacho se va a sentar al sillón.

MARIANA: Hace un rato con el Colo nos estábamos acordando de la habitación verde, ¿te acordás? Él me contó de una vez que te le caíste encima en medio de la noche, desde la cama de arriba.

NACHO: ¿Cuándo?

MARIANA: No sé, una vez, yo tampoco me acuerdo bien, él dice que estaba, pero no me acuerdo, creo que estábamos todos durmiendo y se ve que vos estabas soñando algo y te le caíste encima al Colo. Que casi le quebrás la columna, dijo.

NACHO: No sé, no me acuerdo.

MARIANA: Lo tenía ahí anotado en su cuaderno.

NACHO: ¿Cómo sabés?

MARIANA: Porque me lo mostró.

Nacho desconfía pero no está seguro.

NACHO: ¿Y qué decía?

MARIANA: No sé, de todo, cosas de cuando éramos chicos y otras más de ahora. ¿A vos no te lo muestra?

NACHO: No.

MARIANA: ¿Nunca te lo mostró?

NACHO: No.

MARIANA: Decime que nunca se lo revisaste...

NACHO: No. Lo lleva siempre encima.

MARIANA: Ah, entonces querías...

NACHO: No, sólo para molestarlo. Pero no.

MARIANA: ¿Querés que te cuente?

NACHO: No.

MARIANA: Escribe todo lo que ve.

NACHO: No quiero saber.

MARIANA: Todo.

NACHO: No quiero saber.

MARIANA: Y ve mucho más de lo que pensás.

NACHO: No quiero saber.

MARIANA: Sabe.

NACHO: ¿Qué?

MARIANA: De nosotros. Sabe de nosotros.

NACHO: ¿Qué?

MARIANA: Dice que nos vio.

NACHO: ¿Cuándo?

MARIANA: Cuando éramos chicos, Ignacio, en Rumipal, ¿cuándo va a ser? El último verano que nos vimos.

NACHO: ¿Qué vio?

MARIANA: A nosotros, Nacho, en el cuarto blanco.

NACHO: Estábamos solos.

MARIANA: Parece que no.

NACHO: No quiero saber.

MARIANA: ¿Yo te gustaba, no? Te gustaba bastante.

NACHO: No sé.

MARIANA: Yo creo que sí. Al Colo siempre lo quise mucho, pero más como a un hermanito. En cambio vos siempre me gustaste. Siempre. ¿Vamos arriba un ratito?

NACHO: ¿Arriba? ¿Te parece?

MARIANA: Dale, un ratito.

NACHO: No, mejor no.

MARIANA: No te voy a hacer nada. Dale, vamos a dormir un ratito.

NACHO: Mejor vamos al centro. ¿No tenías que hablar por teléfono, vos?

MARIANA: Sí, pero vamos después... Dormimos una siestita y vamos, ¿dale?

NACHO: Podemos quedarnos acá, en los colchones.

MARIANA: ¿Y el Colo?

NACHO: Se fue a llevar la bici al pueblo.

Está a punto de ceder.

MARIANA: ¿Te da miedo ir arriba?

NACHO: ¿Miedo?

MARIANA: Sí, si te da miedo. ¿Por qué no suben? ¿Por qué nunca sube ninguno de los dos?

NACHO: Sí que subimos. Cuando vos no estás, subimos. Ahora porque estás vos.

MARIANA: No suben nunca, si está todo hecho una mugre.

Silencio.

MARIANA: ¿Vos también estás traumatado?

NACHO: ¿Qué?

MARIANA: Si estás traumatado.

NACHO: No. ¿De qué?

MARIANA: No, no sé, parece. Son medio raros tu hermano y vos. Medio traumatados. ¿Por qué no venden la casa y se van si les da impresión?

NACHO: ¿Qué nos da impresión?

MARIANA: No sé, la casa, si les hace acordar.

NACHO: Es nuestra casa.

MARIANA: Ya sé, pero si los trauma la venden y chau.

NACHO: No nos trauma. ¿Qué nos trauma?

MARIANA: No sé, la casa. ¿Por qué nunca van arriba?

NACHO: Sí que vamos.

MARIANA: ¿Hace cuánto que no subís al cuarto de la tía?

NACHO: No sé.

MARIANA: No subís.

NACHO: Poco.

MARIANA: ¿Cuánto?

NACHO: No sé. Poco.

MARIANA: Nunca. Si está todo igual.

Silencio.

MARIANA: ¿Te trauma?

NACHO: ¿Qué?

MARIANA: Lo de la tía, ¿te trauma?

NACHO: No sé.

MARIANA: ¿Querés hablar de eso?

NACHO: No.

MARIANA: Por ahí necesitás.

NACHO: No sé.

MARIANA: Para mí fue terrible. Mamá estaba destrozada.

NACHO: No, no quiero hablar.

MARIANA: Pero te va a hacer bien. ¿Nunca hablan con Juan?

NACHO: ¿De qué?

MARIANA: No sé, de la tía, de ustedes.

NACHO: No. Sí. Normal.

MARIANA: ¿Qué es normal?

NACHO: Normal es normal.

MARIANA: Yo creo que el Colo está muy traumatado. A mí me parece que ustedes no están bien.

NACHO: ¿Por qué?

MARIANA: No sé, me parece. No los veo bien. Yo creo que podrían pensar en vender la casa. Bah, no sé, yo pensaría en eso.

NACHO: ¿Por qué?

MARIANA: No sé, qué sé yo. Para olvidar, para empezar de nuevo.

NACHO: ¿Empezar qué?

MARIANA: Ay, no sé, Ignacio. La vida.

Silencio. Nacho piensa.

MARIANA: ¿No te querés venir conmigo?

NACHO: ¿A dónde?

MARIANA: No sé. ¿No querés que nos vayamos a algún lado?

NACHO: ¿A dónde?

MARIANA: Adonde quieras. Yo tengo setecientos pesos, vayamos a algún lado.

NACHO: ¿Como de viaje?

MARIANA: Sí, no sé, vámonos a algún lado. Yo te invito.

NACHO: ¿Y al Colo?

MARIANA: ¿Qué pasa con el Colo?

NACHO: ¿También lo invitás?

MARIANA: No, Nacho... No los puedo invitar a los dos.
Vamos nosotros, un par de días.

NACHO: No, no puedo. Juan no puede estar solo.

MARIANA: ¿Cómo no va a poder estar solo? ¿Qué edad tienen?
¿Y qué hacen cuando vas a Mar del Plata? ¿Te lo llevás?

NACHO: Anda en bicicleta.

MARIANA: Ay, Nacho, ¿de verdad pensás que me podés vender que anda todo el fin de semana en bicicleta? ¿Me estás jodiendo? ¿Qué hace cuando vas a Mar del Plata?

Silencio.

MARIANA: No vas a Mar del Plata.

Nacho no responde. La toca con el peine, raro. Ella se levanta. Yéndose, tal vez ya sobre la escalera.

MARIANA: Tienen que salir, hacer algún movimiento. Si no se van a convertir en unos viejos gateros.

NACHO: ¿Qué?

MARIANA: Eso, viejos gateros, de los que tienen miles de gatos y la casa llena de gatos y caca de gato y pelos, depresivos, eso viejos gateros, porque ahora todavía son jóvenes y un poco lindos. Pensalo.

V. Feel

Llegan Nacho y Mariana, que tiene puesta otra ropa. Le queda un poco grande. Se entiende que es de la tía. Complicidad entre Mariana y Nacho, que pasaron todo el día juntos. El Colo en el sillón.

MARIANA: No sabía que habían puesto un muelle de concreto...

COLO: ¿Por dónde anduvieron?

MARIANA: Por todos lados, estuvimos por todos lados. Dimos una vuelta por el centro, Nacho me mostró el tramo nuevo de la peatonal...

NACHO: Y al mar.

MARIANA: Fuimos al mar también, quería ver el mar, hace mil que no veía la costa y después al bosquecito también...

NACHO: El vivero.

MARIANA: Sí, al vivero también, que está muy... No sé, daba un poco de miedo.

COLO: Tardaron mucho en volver.

MARIANA: Y vimos el atardecer.

NACHO: ¿Qué?

COLO: Que tardaron mucho en volver, ¿no?

NACHO: No sé, un rato.

COLO: Vos me dijiste una hora y media, Nacho.

NACHO: Se nos hizo tarde.

COLO: Me dijiste una hora y media.

NACHO: Bueno, tardamos un poco más.

COLO: Pero me dijiste una hora y media.

NACHO: Hubieras hecho tus cosas.

COLO: Una hora y media tuve cosas para hacer, después ya estaban todas hechas. Me preocupé, Nacho.

MARIANA: Ay, bueno, Colorado, no es para tanto, justo se despejó cuando estábamos volviendo y nos quedamos a ver el atardecer en la rambla. No entiendo cuál es el problema.

Silencio.

COLO: A mí me habría gustado ir también.

MARIANA: Hubieses venido.

NACHO: No se puede dejar la casa sola.

MARIANA: ¿Por qué no?

NACHO: Porque siempre tiene que haber alguien adentro.
Vos sabés eso, Juan.

MARIANA: ¿Por qué siempre tiene que haber alguien?

COLO: Dijiste una hora y media, Nacho. Te fuiste como cuatro.

MARIANA: Bueno, ya está, che, ¿no podemos comer algo? Me estoy muriendo de hambre.

NACHO: Hay pan.

MARIANA: ¿No hay otra cosa? ¿No podemos pedir algo?

La miran.

MARIANA: Ah, no hay teléfono. ¿Por qué no van a buscar algo?
¿Por qué no trajimos algo nosotros? Ni se me ocurrió.

¿Por qué no vas a buscar algo, Colo?

NACHO: ¿Te emparcharon la bici?

COLO: No, yo no voy.

MARIANA: ¿Por qué? Nosotros acabamos de volver. ¿No dijiste que tenías ganas de salir?

COLO: Sí, pero no solo.

MARIANA: Bueno, pero nosotros acabamos de volver.

COLO: ¿Me acompañás, Nacho?

NACHO: Estoy cansado.

COLO: Dale, Nacho.

MARIANA: Yo no me quiero quedar sola acá.

NACHO: Dale, Colo, andá vos de una disparada. Con la bici estás en un tiro.

COLO: No quiero. No tengo hambre. Comí pan.

MARIANA: Uy, dale, Colorado, qué te cuesta. Vengo acá de visita y no me ofrecen ni un sándwich.

COLO: Podrías haber avisado que venías.

MARIANA: ¿Sí? ¿A dónde? ¿Al semipúblico de la interbalnearia?

NACHO: Bueno, en un rato voy yo. Descanso un rato y voy.

MARIANA: Bueno, yo en un rato te puedo acompañar. Ahora no.

Silencio incómodo. Mariana se para, va hacia su bolso, revisa, encuentra una barrita de cereal, come mientras canturrea "Llévame la vida". Los hermanos están sentados en el sillón, cada uno en un extremo, se ignoran, están ofendidos. Mariana pone música, "Feel", de Robbie Williams. Baila. En un momento determinado los hermanos se paran a la vez. Mariana se le acerca al Colo y le saca el suéter. Ella se saca la campera de la tía y se la pone al Colo. Al Colo le gusta y baila. Ella le pinta los labios. A Nacho también. Siguen bailando entre los tres. La cosa se va poniendo un poco violenta. Nacho la agarra de atrás y la inmoviliza. Se la ofrece al Colo. El Colo se le acerca y le da un beso torpe, excitado, la toca. Ella se suelta, se va a sentar al sillón. Está perturbada. Empieza a sonar

el próximo tema de Robbie. Ellos se quedan de pie, se miran, la miran. Finalmente el Colo sube las escaleras. Nacho lo mira ir. La mira a ella. Sigue a su hermano. Ella queda sola. Activa. Va a agarrar su disco, su bolso, apurada, sale por la puerta con mucha energía. Espacio vacío durante un par de segundos. Al mismo tiempo, se oye a los hermanos andar arriba. Vuelve Mariana con hojas y ventolera. No tiene adonde ir, está deshecha. Se va a sentar al sillón, prende un cigarrillo. Baja el Colo. Está cambiado, más luminoso se diría, aunque intenso. Desaliñado. Se sienta del otro lado del sillón. Mariana se asusta un poco y se va a sentar al respaldo... Silencio. El Colo toma su cuaderno y lee de ahí.)

COLO: Blanca estaba, toda blanca. Y de linda... En la cara le daba la luz, toda brillante y con los labios bien rojos. Así la vi. Es lo más quieto que vi en toda mi vida. Lo más quieto. Nada vivo está tan quieto. Algo dormido no está tan quieto. Esto era de un quieto que no existe en el mundo. Vivo. En el mundo vivo. Y ella era ella pero ya no era ella. Algo de lo que hacía que ella fuera ella se había ido. Ya no estaba. Cuando me desperté, creo que me desperté por el silencio que había, nunca había oído tanto silencio, porque lo que está vivo hace algún ruido, algo de ruido hace, aunque sea minúsculo, aunque sea eso. Me desperté porque no había ningún ruido. No hacía ningún ruido. No había sonido. Ese vacío me despertó. Ahí vi cómo le daba el sol en la cara y ella que no se movía. No quería moverse. No podía. Me quedé mirándola. No quería tocarla primero. Tenía miedo porque era algo que no conocía. Otra cosa. Ya no era ella, ya no era mi mamá. Era otra cosa, ya era otra cosa. La miré mucho, mucho tuve que mirarla, hasta que me

acostumbré a cómo era, a cómo era su forma nueva, a cómo iba a ser ahora y entonces pude tocarla. Le toqué la mano, sólo la mano le toqué y estaba tan fría... Tan fría y quieta. Hacía calor, pero ella estaba fría. Y quieta. Su mano pesaba, la tuve en la mía, después de un rato le di un beso, le di un beso en la mejilla. Ya no tenía olor. Se había quedado sin olor. Dije chau, Ma, te quiero, siempre te voy a querer, como para adentro, y vine abajo. Y me senté acá. Acá me senté.

Baja Nacho durante el monólogo del Colo. También está desaliñado.

NACHO: Hasta que vine yo.

COLO: Hasta que vino Nacho de Mar del Plata.

MARIANA: ¿Te quedaste todo el fin de semana sentado ahí con la tía... arriba?

COLO: Un día.

NACHO: Yo llegué al día siguiente.

MARIANA: Yo no pude venir.

COLO: Podrías haber avisado.

MARIANA: No pude.

NACHO: Fuiste la única de los Furlong que faltó.

MARIANA: No pude. Les pido disculpas, ya les dije, fue un momento muy particular. Vine ahora. Quería verlos.

COLO: Ya es tarde.

NACHO: Sí, ya es tarde.

MARIANA: No pude, no podía soportarlo.

NACHO: No importa. Igual ya no te queremos.

MARIANA: ¿Qué?

COLO: Que ya no te queremos. Como prima.

NACHO: Ya no te queremos.

MARIANA: ¿Cómo no me van a querer?

COLO: No te queremos más. Ya pasó.

MARIANA: ¿Qué pasó? No me pueden dejar de querer. No es algo que se decide.

COLO: Se va de a poco.

NACHO: Se nos fue de a poco. Dejamos de quererte.

COLO: De a poco.

NACHO: Ahora ya no te queremos.

MARIANA: Es horrible lo que me dicen.

COLO: No.

NACHO: No es horrible. Es la verdad. Igual podés quedarte si querés.

MARIANA: ¿Dónde?

NACHO: Acá, te podés quedar si querés. Por unos días. Hasta que consigas algo.

MARIANA: No sé si me quiero quedar.

La miran. Silencio. Mariana se angustia mucho.

MARIANA: Ustedes son mis primos.

NACHO: Sí.

COLO: Sí.

MARIANA: No pueden dejar de ser mis primos.

COLO: Somos tus primos.

NACHO: Pero no te queremos como prima. Eso ya se fue.

MARIANA: ¿Y ahora qué soy?

NACHO: Una prima.

MARIANA: ¿Pero no me quieren?

COLO: No.

MARIANA: ¿Y no me pueden volver a querer?

Se miran.

NACHO: ¿Cómo?

MARIANA: No sé, si hago algo. Si me quedo, si los cuido.

COLO: ¿Para qué?

MARIANA: No sé, para que estén mejor, para que me vuelvan a querer.

Se quedan en silencio. Se quedan pensando. El Colo toma su cuaderno y se pone a leer.

COLO: No. Cuando éramos novios te vi con mi hermano en el cuarto blanco. Se besaban.

MARIANA: ¿Cuándo fuimos novios vos y yo?

Él mira el cuaderno.

MARIANA: ¿Estás hablando de Rumipal? Eso fue hace veinte años, Colorado.

NACHO: ¿Eran novios?

COLO: Sí.

MARIANA: No, no éramos novios. Éramos así de decir, bah, dijimos una vez, pero era un juego, no éramos novios, Juan.

COLO: Lo besaste a él. Y se querían ir. Te lo querías llevar.

MARIANA: ¿A dónde?

COLO: No sé. Lo invitaste. Con los setecientos pesos.

MARIANA: Eso es de ahora. Estás mezclando todo, Colorado. Está mezclando todo.

NACHO: Yo no me iba a ir.

COLO: Ya sé.

MARIANA: ¿Qué no te ibas a ir? Si me preguntaste por qué no nos íbamos a alguna parte, que querías empezar de nuevo.

COLO: ¿Empezar qué?

MARIANA: No sé, la vida.

COLO: La vida no se empieza de nuevo.

MARIANA: ¡Ya sé! ¡Si eso es lo que le dije yo a él!

NACHO: No se puede empezar de nuevo.

MARIANA: ¿Qué me decís? ¡Si fui yo la que te dijo eso!

COLO: Creo que te vas a tener que ir.

MARIANA: ¿Y adónde quieren que me vaya?

NACHO: No sé, pero acá no te vas a poder quedar.

MARIANA: ¿Qué, me van a echar a la calle?

COLO: Tenés setecientos pesos.

MARIANA: ¿Qué tiene que ver? ¿Me van a echar así en la mitad de la noche?

Ellos se miran. Piensan.

NACHO: Sino, podés dormir acá con nosotros. Por esta noche.

MARIANA: ¿Dónde?

NACHO: Acá, con nosotros. Te vas mañana. ¿A dónde vas a ir ahora?

VI. La intrusa

El Colo le cuenta “La intrusa”, de Borges, a Nacho. La chica debajo de la sábana.

COLO: Eran dos hermanos también. Ingleses, o algo así. Rubios, creo, o pelirrojos. No sé. Yo siempre me los imaginé con pecas.

NACHO: Rubios.

COLO: Ponele rubios. Y eran muy unidos y vivían juntos en una chacra o una estancia, o tal vez no era algo tan grande, tal vez sólo era una casa grande en un pueblo.

NACHO: Una casa grande.

COLO: Sí, una casa grande y vivían los dos solos ahí. Y se llevaban muy bien, eso lo decía mucho. O no sé si bien, pero que eran muy unidos, siempre juntos los dos.

Nacho asiente. Quiere más información.

COLO: Bueno, y que un día uno, no sé cuál, creo que el mayor, llevó a vivir una mujer con ellos. Que era como la novia pero que también la usaba un poco de sirvienta. O que la iba a usar. Porque era bravo.

NACHO: ¿Linda?

COLO: Creo que sí. Sí, decía que sí, o que para ese barrio sí. Que para ese barrio sí que era linda.

NACHO: ¿Y la quería?

COLO: No sé, creo que no decía nada de si la quería o no. No sé si era de querer, te digo que era medio bravo. Al hermano sí, al hermano sí lo quería, eso seguro. La cosa es que el hermano, el menor, se empieza a poner medio malo y se emborracha todo el tiempo y empieza a andar mal.

NACHO: Por la chica.

COLO: Por la chica, sí.

NACHO: Se enamoró.

COLO: Parece que sí. Que se enamoró de la mujer del hermano. Y entonces, el hermano, el mayor, que lo quiere mucho, sale una noche y le dice: “Ahí la tenés, usala si querés”. Algo así le dice.

NACHO: ¿Dice “usala”?

COLO: No me acuerdo exacto, pero la idea era la de “usala”.

NACHO: ¿Pero decía “usala” o decía otra palabra?

COLO: No sé, Nacho, no me acuerdo. Bueno, y no va que el otro también se enamora.

NACHO: El hermano.

COLO: El otro, sí, éste. El menor.

NACHO: El menor. Ya estaba enamorado.

COLO: Bueno, pero se enamora más. Y ahí la empiezan a compartir. No se dicen nada, pero la comparten.

NACHO: ¿Y ella?

COLO: ¿Qué de ella?

NACHO: ¿Ella qué dice?

COLO: No sé, ella no habla. De ella no se dice nada. Ellos, los hermanos, no dicen nada de la chica pero se empiezan a llevar mal. Discuten todo el tiempo por cualquier cosa.

NACHO: Están enamorados.

COLO: Están celosos. Y toman una decisión. Charlan un día y deciden llevársela. Hacen que empaque sus cosas y se la llevan a otro lado y la venden a un prostíbulo.

NACHO: ¿Y la dejan ahí?

COLO: Sí, la venden. Bueno, parecía que todo había terminado, pero resulta que a escondidas, los dos iban a verla. El más chico era el más enamorado. Y el otro sabía. No va que un día se encuentran los dos ahí, en el prostíbulo. Y el grande le dice de volver a llevársela, que para qué dejarla ahí, que mejor tenerla cerca. Y se la llevan... Bueno, vuelven a vivir los tres juntos. Y un día, creo que era un domingo, o un sábado, no sé, un día de fin de semana, el menor estaba afuera y cuando vuelve el mayor le dice acompáñame que tengo que hacer una cosa, montan el sulky o no sé qué era lo que tenían...

NACHO: ¿Sulky?

COLO: Sí, no sé, de esos para atar a los caballos. Una carreta. Bueno, y le dice acompáñame que tengo que llevar unas cosas a no sé dónde y cargan los bultos y van por el campo, al descampado, y en una de éstas ya están lejos de todo, en la mitad del campo, creo que ya se había hecho de noche, y el mayor le dice ayudame con esto o algo así y se ponen a cavar un foso para la chica, que la había matado.

NACHO: El mayor.

COLO: Sí, el mayor se cansó y la mató cuando el otro estaba afuera y ahora la iban a enterrar ahí en secreto, con todas sus cosas, para que no moleste más, y se abrazan y lloran los hermanos.

NACHO: ¿Lloraban?

COLO: Sí, creo que decía que lloraban. O tengo esa imagen. Pero se abrazan seguro. Eso seguro.

NACHO: La mató por amor.

COLO: Sí, no, no sé. Porque no podía ser de los dos. La mató por ellos, para que volvieran a llevarse bien. La historia es la de los hermanos.

NACHO: Pero se quedaron solos.

COLO: Sí, bueno, no sé, se tienen a ellos. Creo que con eso les alcanza. ¿Entendés?

NACHO: No sé.

COLO: Bueno, no sé, yo te digo lo que decía el cuento.

Leyendo (a modo de epílogo)

El mundo en un ambiente.

En lo compartido. El mundo a partir del otro.

Ni siquiera existimos nosotros. Existe lo que nos une.

La necesidad y el miedo ordenan el mundo.

Amor genera dependencia. De la dependencia nace un sentido donde no lo hay. Un fin. El fin de evitar el dolor. Que es el motor de toda acción.

La realidad intocable, innombrable. Que está acá, que nos hace pero nos es tan fría y ajena, que estamos obligados a callar.

La vida no llega a ser algo. Es escenario de la ridiculez.

En los nombres de las cosas está expresado todo el absurdo.

Generamos ficción diaria pero siempre volvemos al terror de no ser nadie. Y en esa ausencia de nosotros mismos está la obsesión por el otro.

La familia es una extensión de la amputación. Es eso que sentimos que aún tenemos pero ya no está. Es el pie fantasma. El otro es el pie fantasma. El otro es Dios.

Luis Ortega

Fichas técnicas

Algo de ruido hace

Compañía El Silencio

ACTORES: Esteban Bigliardi (COLO), Pilar Gamboa (MARIANA),
Esteban Lamothe (NACHO).

ESPACIO Y LUZ: Matías Sendón.

VESTUARIO: Glenda Lloyd.

SONIDO: Ignacio Bouquet.

COREOGRAFÍA: Manuel Attwell.

ASISTENCIA: Leandro Orellano.

FOTO: Florencia Murno.

TEXTO Y DIRECCIÓN: Romina Paula.

Esta obra se estrenó en el Espacio Callejón en 2007.

El tiempo todo entero

Compañía El Silencio

ACTORES: Esteban Bigliardi (LORENZO), Pilar Gamboa
(ANTONIA), Esteban Lamothe (MAXIMILIANO), Susana
Pampín (ÚRSULA).

ESPACIO: Alicia Leloutre y Matías Sendón.

LUZ: Matías Sendón.

ASISTENCIA: Leandro Orellano.

TEXTO Y DIRECCIÓN: Romina Paula.

Esta obra se produjo con el Premio 'S', otorgado a Romina
Paula en 2007 y se estrenó en el Espacio Callejón en 2010.

Fauna

Compañía El Silencio

ACTORES: Esteban Bigliardi (SANTOS), Rafael Ferro (JOSÉ LUIS), Pilar Gamboa (JULIA), Susana Pampín (MARÍA LUISA).

ESCENOGRAFÍA: Alicia Leloutre y Matías Sendón.

REALIZACIÓN: Ariel Vaccaro.

LUZ: Matías Sendón.

SONIDO: Liza Casullo.

PRODUCCIÓN: Sebastián Arpesella.

ASISTENCIA: Ramiro Bailarini.

TEXTO Y DIRECCIÓN: Romina Paula.

Esta obra se estrenó en el Centro Cultural General San Martín en 2013.

Índice

***Hic et nunc*, por Romina Paula _7**

Fauna _9

El tiempo todo entero _61

Algo de ruido hace _103

Leyendo (a modo de epílogo), por Luis Ortega _141

Fichas técnicas _143